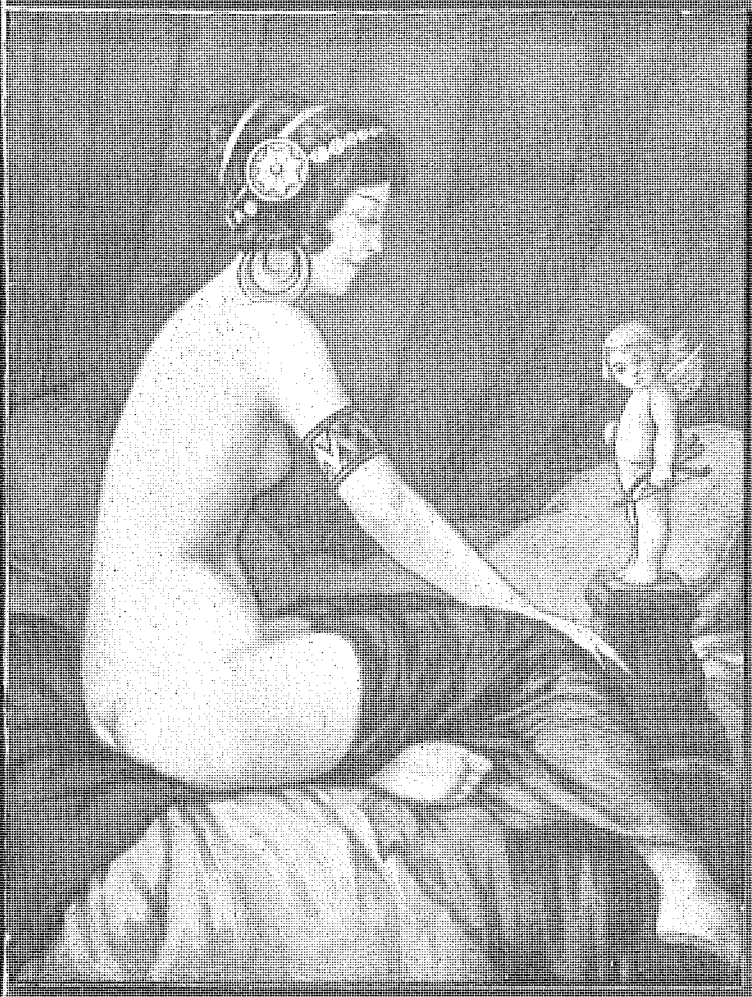
TEMAS SEXUALES

el amor y el sexo



A. MARTIN
DE LUCENAY

UNA
PSIQUE

TEMAS SEXUALES

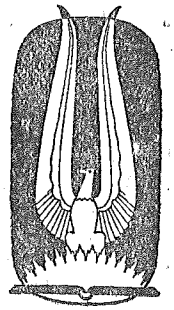
BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

6

DR. A. MARTIN DE LUCENAY

EL AMOR Y EL SEXO

La sexualidad según los ascetas.—Instinto e impulso.—Las formas del amor.—El amor libre.—Proyectos sobre el amor libre.—Libertinaje sexual.



EDITORIAL FENIX

FERRAZ, 27.—APARTADO: 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
ENERO 1933

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP. ZOILA ASCASIBAR.-MARTIN DE LOS HEROS, 69.-MADRID

PROLOGO DEL TEMA

ES necesario, ante todo, definir los límites del amor de los idealistas y concretar los puntos del amor verdadero, o sea, el de los fusionistas o conyugales a que ya nos hemos referido, muy a la ligera, en el volumen anterior.

La suma de la sexualidad perfecta está especificada por los dos elementos fundamentales psíquico y fisiológico: el ideal y el sexo. El amor exclusivamente idealista, no existe. Los místicos, si se investiga detenidamente en lo más profundo de su constitución anímica, ofrecerán al analista caracteres bien destacados de cierta sexualidad disfrazada, equivocada, morbosa. Pero al fin y al cabo, sexualidad, animalidad, instinto.

Se ha opinado tanto acerca del amor en sus diversas manifestaciones, que a veces resulta difícil saber a qué carta quedarse. Naturalmente, en el presente tema, como el título general de la colección advierte, hemos de ocuparnos de esa emoción en el aspecto sexual. No queremos decir con esto que nuestros estudios hayan de concretarse exclusivamente a la relación sexual como consecuencia de la predisposición anímica fomentada por el amor: el amor y el sexo mantienen relaciones tan íntimas y tan varias, que aunque en presencia de algunos casos de "encendido amor", de "pasión delirante", de "amor divino", etcétera, creamos a la sexualidad completamente desvinculada de tan fervientes sentimientos, siempre, absolutamente siempre, el sexo está oculto, pero dispuesto a manifestarse en sus expresiones arrolladoras que pueden ofrecer formas insospechadas aunque claramente demostrativas del móvil subconsciente que las orienta.

El mayor volumen de diferencia de las opiniones, se advierte, naturalmente, entre lo que piensa el teólogo y lo que el médico aprecia. Estos son, como si dijéramos, los extremos. Pero entre ambos existe una variadísima gama de modalidades que si encajan perfectamente en la

actuación del clínico, no ocurre lo mismo en cuanto a la conceptuación teológica.

No hay que confundir el amor con la lujuria; aunque ofrezcan un nexo que para un crítico superficial pueda tener el valor completo de un vínculo innegable, no hay duda que la diferenciación existe, no sólo si hablamos del amor, del imaginativo, completamente espiritual, y enteramente del alma, sino refiriéndonos al amor sexual específico que condenan esos idealistas y tratan de encubrirlo con un disfraz antibiológico e inadecuado.

La palabra "lujuria" sólo puede definirse de una forma ambigua, pero pudiéramos decir que encaja en los índices de la sexualidad normal. Decir "lujuria" refiriéndose al sexo, es aludir a un estado patológico: el teólogo y el vulgo llaman lujuria a lo que el médico puede llamar, refiriéndose a la mujer, "furor uterino", pues de otra forma, la palabra estaría mal empleada.

Conste, pues, al lector que al hablar del amor sólo emplearemos la citada palabra, a lo sumo, para describir un deseo sexual inmoderado y, por lo tanto, anormal aunque es evidente la ambigüedad del término; pero así lo quiere la costumbre.

Estimamos prudente esta advertencia para que cuando se analice la sexualidad desde los puntos de vista biológico y erótico a que la consciencia del sexo da lerecho, no sea erróneamente interpretada nuestra orientación, ya que nos atenemos, no a los conceptos de los tratadistas religiosos, sino a los mandatos de la naturaleza, como son, por ejemplo, el instinto y el impulso sexual que ya diferenciamos oportunamente.

Hay que tener en cuenta las ideas de las religiones antiguas que sirvieron para deformar las orientaciones naturales de los hombres, creando, por lo tanto, una especie de estado anómalo entre el instinto y el deber hasta el punto de que éste hubo de sobreponerse al otro para normalizar el pretendido equilibrio sexual que para sus ovejas quisieron los pastores de almas.

Así, pues, en el presente volumen nos limitaremos a examinar el aspecto teórico de la cuestión con relación a todas esas ideas y opiniones que crecieron y se desarrollaron en el sentimiento de la Humanidad impuestas por teorizantes dogmáticos demasiado divinos para que sus teorías fuesen justamente interpretadas por los humanos. Entonces, no es justo, mientras continúen situados en tan elevadísimo plano de moral intansigente, concederles la máxima beligerancia en estas cuestiones que, únicamnte es dado al biólogo dirigir o, en todo caso al médico, que es quien más cerca y con más clara visión de la realidad escueta ha de vivir en contacto con las consecuencias de esa moral en una notable mayoría de los casos.

No obstante, por fortuna, la civilización que ha modificado tantas pautas y códigos que antes se estimaron inatacables, no podía por menos de ejercer su poderoso influjo hasta en los conceptos más intransigentes. Por eso, muchas prestigiosas autoridades de todas las religiones, de una forma o de otra han exteriorizado su protesta contra las viejas interpretaciones, y son en la actualidad elementos valiosísimos y casi imprescindibles en la moderna orientación de los problemas sexuales, a quienes la Humanidad consciente rinde el merecidísimo tributo de su admiración y su respeto.

Así, pues, colocados en una correcta actitud de imparcialidad, empezaremos por transcribir las opiniones de unos y las apreciaciones de otros. Nuestro comentario, por lo tanto, tenderá, en lo posible, a procurar la armonía de los conceptos con arreglo a las pautas por donde en la actualidad discurren las creencias e interpretaciones más naturales de esos mismos hechos.

LA SEXUALIDAD SEGUN LOS ASCETAS

De lo que no se ocupa la Humanidad.—¿Qué es el amor?—Las teorías de Laurens.—¿Es repugnante el cuerpo humano?—La opinión de San Bernardo. Los monjes de la Edad Media.—Actitud de la Humanidad.—Actitud de los filósofos.—Centros sexuales excretorios.—Los cristianos y Cristo en pugna. Origen de la doctrina ascética.—¿Por dónde dió a luz María?—El paganismo.—La sexualidad en la India.

Un filósofo, Bonstetten, escribió ya hace siglos, lo siguiente: "No existe palabra más conocida ni con más frecuencia pronunciada que el amor, y, sin embargo, no hay materia, no hay asunto más ignorado y misterioso que éste. Lo que más de cerca nos toca es lo que menos conocemos. Medimos la distancia y marcha de las estrellas, y no sabemos cómo ni por qué amamos."

Es la frase un compendio de verdades indiscutibles. La Humanidad se ha ocupado siempre de puerilidades; ha concedido la máxima importancia a cuestiones sin trascendencia; se ha complacido en crearse problemas por el solo placer de resolverlos después... Como dice el filósofo citado, medimos la distancia y marcha de las estrellas, en tanto que, por ejemplo, al instruir al niño en las primeras letras, mientras le llenamos la débil cabecita de explicaciones absurdas acerca de cómo fructifica una semilla y cuál se desarrolla una planta, silenciamos insensatamente las verdaderas causas que le trajeron al mundo...

Siempre ha habido tratadistas del amor, como si ello no fuese una ciencia infusa. Quiromantes, nigromantes, astrólogos, filósofos, poetas... Veamos, lectores: ¿Hay alguno, entre vosotros, que jamás se haya permitido decir lo que es el amor de una manera concreta y que pueda gozar del prestigio de ser una definición universal?... No habrá uno solo. Pero la verdad irrebatible es, que por muy entendidos que lleguemos a ser en la adivinación y análisis de las causas, las complicaciones y los resultados del amor, siempre habremos de seguir sumidos en las mismas tinieblas de ignorancia que intentamos disipar el primer día,

y forzosamente, pero sin apelación, habremos de confesar que pese a nuestras fervientes intenciones de querer explicar el amor como una modalidad del magnetismo o como una variedad de afinidad química, nos encontraremos con la solución de que tales explicaciones no nos sirven, no nos complacen, no llenan nuestras ambiciones, y, por lo tanto, nos presetan más difícil la comprensión y alcance del fenómeno bajo cuyo poder hemos vivido desde nuestro nacimiento hasta la muerte.

La base de la gran preocupación de los hombres al considerar el amor sexual, es la causa, al parecer inadecuada, que lo produce, y la enorme discrepancia que existe entre la región de las membranas mucosas, necesariamente limitada, y que es, sin embargo, fin principal y objeto del amor, y ese mar inacabable de emociones intensas al que sirve de puerta y de paso, pues como dice Remy de Gourmont, "las membranas mucosas, por un innegable misterio, encierran en su estrecho abrazo todas las riquezas del infinito".

Y no hay duda alguna que es un misterio ante el que tanto el pensador como el artista, tienen, por fuerza, que inclinar la cabeza, como dice Ellis. Donnay, en su obra teatral *L'Escalade,* nos presenta a un hombre de ciencia, frío y austero, que consideraba el amor como un mero desorden mental que puede ser curado fácilmente; pero llega el momento en que él también se enamora como un loco, y entonces penetra en el cuarto de su amada, a media noche, por medio de una escala, y una vez en presencia de ella, salen de sus labios frases ardientes de amor y de pasión. "Todo lo que te rodea—le decía—es para mí misterioso y sagrado. ¡Y pensar que una cosa tan conocida como el cuerpo de la mujer, cuyas gracias los escultores todos han modelado y los poetas han cantado, que los hombres de ciencia como yo han anatomizado, pueda trocarse de repente en misterioso infinito, en dicha innegable, sólo porque es el cuerpo de una mujer especial!... ¡...Qué locura! ¡Qué desatino! ¡Y, sin embargo, todo esto que digo lo siento yo profundamente!"

Algunos siglos antes, otro escritor francés, el distinguido médico Des Laurens, en su *Historia anatómica del cuerpo humano,* también se ocupaba de "ese deseo inextingible de coito", y se preguntaba cómo "ese divino animal, lleno de razón y de juicio, que llamamos hombre, pueda sentir atracción por esas partes obscenas de la mujer, llenas de basura, que están colocadas, a manera de sumidero, en las partes más bajas del cuerpo".

No estamos de acuerdo con la estimación de Laurens, tan grosera

como superficial: las tonterías que dicen las personas vulgares, se llaman "genialidades" en los grandes hombres. Si Laurens afirmó eso como una genialidad más, vamos a admitírselo sin discusión; pero si al escribirla pensó en la posibilidad de que se prestase a una discusión seria, creo que no habrá nadie que incurra en tal debilidad.

Desde luego puede afirmarse, que las razones de la atracción de los centros sexuales de la mujer no pueden basarse en un concepto estético. Pero si a esto vamos, más inexplicable resulta la razón que tiene un anatomista para efectuar investigaciones en un cadáver para comprobar los fenómenos de la descomposición cadavérica. Y esto, no hay duda, es menos importante para la Humanidad, que aquéllo. Hemos expuesto esta razón simplista, precisamente por su simplicidad. Y tampoco hay duda que para el anatomista, también ejercen atracción esos órganos repugnantes y descompuestos.

Claro es, que no todos los hombres "tienen estómago", como se dice vulgarmente, para anatomizar unas vísceras podridas; pero tampoco hay uno sólo a quien ese estómago le impida aproximarse sexualmente a la mujer que haya elegido. Ya hemos incurrido, pues, en esa debilidad.

Se ha colocada Laurens en un plano que no se diferencia en nada del que ocupaban los ascéticos detractores de la sexualidad, cuyas teorías que pasamos a analizar seguidamente, ofrecieron un vasto campo para la indignación de las personas mejor orientadas.

Havelock Ellis—dice: "Nuestra actitud ante el desnudo humano es la prueba de nuestra actitud ante el instinto del sexo. Mientras nuestros propios cuerpos y los de nuestros compañeros nos parezcan vergonzosos y repugnantes, nada podrá realmente purificar y ennoblecer nuestro concepto del amor sexual. Si el amor apetece la carne, y la carne es vergonzosa, el amante también tendrá que serlo." "Se la cosa amata è vile—como dijo Leonardo de Vinci, con su justo criterio—, l'amante se fa vile." (Lámina I.)

"Por poco lógica que parezca la identificación que hacían los antiguos cristianos de la carne con el instinto sexual, hay, sin embargo, algo que justifica tal apreciación. Ambas están indisolublemente unidas; no es posible degradar la una y exaltar el otro, y tales y conforme sean nuestros sentimientos respecto a la desnudez, así serán nuestros sentimientos hacia el amor".

San Bernardo, uno de los más furibundos luchadores contra la sexualidad, decía, entre otras "lindezas" por el estilo, lo siguiente: "El hombre no es sino hediondez, saco de basura, comida de gusanos... Ja-

más habréis visto más nauseabunda estercolera". De la mujer dice cosas peores aún tratando de presentarla, no sólo como un monstruo abyecto, sino como algo repulsivo y hediondo que era preciso alejar de sí por miedo a las más asquerosas contaminaciones.

Estos monjes retirados a las heladas regiones alpinas, llevaban en su criterio hermético y brutal todo el frío lacerante de los ventisqueros. No tenían sexo, o les faltaba corazón. Empezarían, pues, por renegar de su madre terminando por maldecir a ellos mismos.

No obstante, acaso en virtud de la consciencia de sus opiniones disparatadas o mejor por no enfrentarse abiertamente con la obra del Supremo Hacedor, hecho voluminoso que para nadie podía pasar inadvertido, llegaron a admitir que la piel poseía "cierta belleza artificial". Ahora bien, esta afirmación no era noble o desinteresada; la hacían con la mala intención de dar luego mayor fuerza a sus descripciones sobre la horrorosa fealdad del cuerpo, una vez despojado de esa ligera envoltura epidérmica, único motivo de belleza, según estos ascetas.

"Toda su perversa perspicacia intelectual—dice un tratadista—, su feroz ironía, su despiadada burla, iban dirigidas a lo que llamaban triste y ruinosa figura del hombre. San Odo de Cluny, a pesar de su encantadora y sencilla santidad y sabio admirador de la agreste belleza de aquellos Alpes, que tantas veces atravesó, era acérrimo enemigo de la hemosura del cuerpo humano. Insiste en decir que la belleza no pasa del cutis; que si nos fuera dado ver lo que hay debajo de la piel de la mujer, no sentiríamos más que náuseas hacia ella".

Sus adornos, dice San Odo de Cluny, no son sino sangre, bilis y mucosidades. Si nos negamos a tocar basuras y flemas, ¿cómo es posible que deseemos abrazar un saco de estiércol? Los monjes de la Edad Media, sumidos en el oscurantismo, que era la esencia de las órdenes contemplativas, encontraban en estas consideraciones ancho y deleitable campo de meditación, mientras el mundo cristiano en general, se contentaba en aceptar versiones más o menos fundadas de las anteriores opiniones, o, por lo menos, jamás llegó a protestar definitivamente.

Piense el lector por unos instantes en la prestigiosa influencia natural o forzada de las doctrinas teológicas que tenían en sus hombres el control más exagerado de todas las actividades humanas. Analícese, también, la incompatibilidad o, mejor dicho, la lucha titánica entablada entre la Iglesia y la Ciencia, ya que los *físicos* bien poco habían de hacer para entrar de lleno en los campos vedados por los teólogos,

cuya incursión se pagaba con la vida, previa le sentencia de los jueces inquisitoriales.

La Humanidad, por lo tanto, había de someterse, de grado o por fuerza, a la esencia de aquellas doctrinas. Hasta que los contactos sexuales inevitables entre esposos para lograr la perpetuación de la especie, la mujer había de ofrecerse a su marido vestida con el burdo camisón de lienzo que le llegaba desde el cuello a los pies y sin más abertura que un orificio que coincidía con la situación de sus órganos genitales para dar paso al miembro viril.

La tendencia primordial de aquellos ascetas se encaminaba, exclusivamente, a ocultar la verdad, la naturalidad de todos los sexos, de todos los fenómenos. La Verdad siempre se mostró desnuda, y el amor, cuando la acompañaba, va desnudo también. Y si tanto la Verdad como el hombre y como el amor fueron obra divina, ¿cómo es posible enmendar la obra maravillosa del Supremo Hacedor? (Lámina II.)

Todas estas poderosas razones, apoyadas en amenazas constantes de martirios de todo género, crearon una atmósfera de temor y de resignación en torno a la cuestión sexual hasta el extremo de que nadie osaba rebelarse contra tan tiránicas imposiciones de unos hombres que dejaron de serlo para convertirse en monstruos, en meras expresiones patológicas.

Por otra parte, muchos hombres de ciencia aceptaron los conceptos ascéticos en toda su amplitud, lo que también hizo mucho en la opinión vulgar para contener la exteriorización de los impulsos naturales. "Sólo en estos tiempos—dice un autor—vemos a los hombres de ciencia empezar a emanciparse de las antiguas supersticiones. Hacia mediados del año de 1760, Carlos de Linneo, el famoso naturalista sueco, en su interesante obra titulada *El sistema de la naturaleza,* manifestaba que descartaba por "asqueroso" el estudio de los órganos femeninos de la generación, aunque sin dejar de reconocer que dichas investigaciones tenían un carácter científico.

No es de extrañar, pues, que si los hombres de ciencia rehusaban estudiar a la mujer bajo el debido aspecto sicológico, las teorías medioevales se hayan introducido en el espíritu de las obras que escribieron algunos filósofos. Un ejemplo de esto es el que ofrece Schopenahüer en casi todas sus obras, si bien es justo reconocer que al estudiar al sexo femenino no podía sustraerse a la influencia de la aversión que siempre le profesó.

Iwan Bloch dice que el espíritu humano se ha convertido en el transcurso de su desenvolvimiento, no sólo en dueño de la tierra y de

las fuerzas elementales de la naturaleza, sino también en señor e intérprete y conductor de su instinto sexual, que le debe su nueva especial existencia, susceptible de un desenvolvimiento como el que se revela en el amor. La historia del amor es la historia de la Humanidad y de la Cultura. También ella muestra un constante progreso, que sólo podrán negar aquéllos a los que no se haya revelado toda la profunda significación del amor humano en la cultura de todas las épocas y los que sólo creen en la perdurable subsistencia del antiguo y siempre vivo impulso sexual y en su demoníaca naturaleza, dando motivo a la desesperación sin consuelo, de la posibilidad de todo amor y al pesimismo con el que Schopenhaüer ha juzgado la signficación de la vida sexual humana. No cabe negar que aquel impulso demoníaco subsiste todavía hoy día, y que seguirlo incondicionalmente significaría la muerte, la desolada soledad, la nada, como Tolstoi, Strindberg y Weininger, estos terribles acusadores del "amor" moderno, lo han presentado de manera aterradora ante nuestra vista. Pero, ¿conocieron ellos, acaso, el verdadero amor? ¿Llegaron a hacerce cargo de la poderosa y violenta necesidad que ha tenido la civilización de convertir, por medios verdaderamente maravillosos, en el transcurso de los tiempos y de las generaciones, el instinto sexual en amor? ¿Tuvieron una idea del desenvolvimiento del amor y de su significación en la Historia?

Aunque no lo crean esos espíritus que dudan y se desesperan, nada se ha perdido de aquellas afinidades morales ni de las maravillosas posibilidades de transformaciones en el largo período tan mutable y lleno de cambios que se revelaron en la historia del desarrollo del amor. Describir este desarrollo equivaldría a mostrar todos los elementos de cultura que hoy día continúan siendo eficaces en el amor, y al mismo tiempo a indicar el camino de su futuro desenvolvimiento. De nuevo nos encontramos ante una grave crisis en la historia del amor. Lo antiguo se separa de lo moderno y lo mejor se convierte en enemigo de lo bueno. Pero la esencia del amor como la del instinto sexual lleno del más elevado concepto moral, perdurará como una conquista de la cultura que no puede perderse y que cada día se purificará más y más, brillando como un espejo de maravillosa claridad, en el cual la cultura de todos los tiempos escontrará fielmente reflejada su imagen.

Una de las fases de la opinión de los ascetas acerca de la sexualidad, puesto que basaban su ascetismo aunque con escaso fundamento en consideraciones de estética, estribaba en la proximidad que existe entre los centros sexuales y excretorios. San Agustín lo expresa claramente en su despreciativo aserto: "Nacemos entre heces y orina",

y esta opinión despectiva prsiste aún entre una gran parte de la humanidad, aunque no lo mezclen siempre con un sentimiento de ascetismo religioso.

Alfred Tarde, decía: "¿Por qué ridícula economía, por qué mefistofélica ironía ha dispuesto la naturaleza que función tan elevada, tan digna de cantos poéticos y filosóficos que la han celebrado, merezca la indignidad de tener que compartir su órgano exclusivo con las funciones más viles y asquerosas del cuerpo?"

Havelock Ellis le contesta diciendo, que, sin embargo, es justo tener en cuenta que este punto de vista, por inconsistente que sea, nace de la depreciación ascética del cuerpo.

Es evidente que Tarde estaba influenciado por las doctrinas intransigentes de los teólogos que condenanban por pecaminosas y repugnantes las naturales funciones del amor sexual, y como este célebre tratadista pudiéramos citar a muchos que aún existen y no son capaces de comprender, aparte de la apreciación netamente científica y biológica, la importancia de la atracción de los órganos sexuales en virtud de su proximidad a esos centros excretorios.

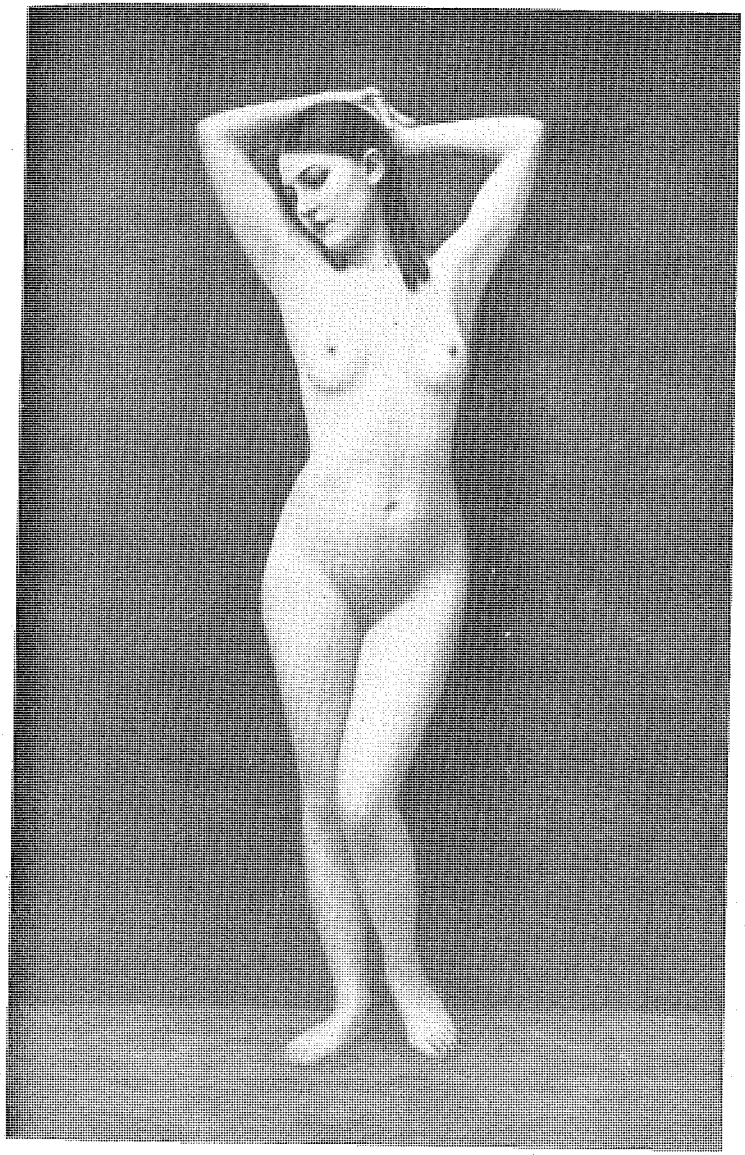
A pesar de todo, hay autores que en evidente contradicción con esas teorías inadmisibles sostienen desde el punto de vista científico, que los procedimientos de todas las funciones fisiológicas considerados bajo este aspecto o desde el punto de vista químico, van todos unidos e intercalados, y son, por lo tanto, igualmente distintos y nobles. No es posible entresacar de entre todos un solo procedimiento biológico o químico y decir que es vil o es denigrante. Hay personas que considerán el acto de comer sumamente asqueroso, y, sin embargo, puede decirse, con Thoreau, que "los dioses tenían dispuesto que los hombres, a semejanza suya, comieran néctar y ambrosía... Comprendí que el comer era un sacramento, un método de comunión, un ejercicio estático, que era como participar de la comunión general del mundo".

Otro escribe: "De este modo, los sacramentos de la naturaleza, van siempre unidos, mejor dicho, intercalados en el tejido del cuerpo humano. Los labios que besan dulcemente han servido antes para comer y beber. De tal manera se han ido acumulando los centros potentes en el transcurso de su desarrollo, que todas las membranas mucosas de los orificios naturales, gracias a la sensibilidad que adquieren en el desempeño de sus orificios especiales, contribuyen a estremecer el alma, en contacto con el amor; de poco sirve diferenciar si su orificio es alto o bajo, puro o impuro; todas igualmente están santificadas por la extremación de la naturaleza. La nariz recibe el soplo de la vida,

la vagina el agua de la vida. Al fin y al cabo, el mérito y belleza de la vida depende, para nosotros, del mérito y belleza de los instrumentos de la vida. Los pechos turgentes son insignias divinas de la mujer, porque de ellos se alimenta el niño, el hombre de mañana; las grandes curvas de las caderas tan voluptuosas porque cobijan y estrechan también al niño, no puede haber diferencias de opinión en estos puntos; no es posible cortar las raíces y sostener un árbol. La función suprema del hombre—el pasar la lámpara de la vida a las razas del porvenir—se lleva a cabo, cierto es, por el mismo instrumento que sirve diariamente de conducto de evacuación a la vejiga. Se ha dicho, con escarnio, por un santo, que nacemos entre orín y excremento; pero a esto puede contestarse con reverencia que el pasaje por este canal de vida es un sacramento superior a cuantos pudieran inventar los hombres".

El célebre psicólogo inglés Havelock Ellis, a quien no es posible negar la máxima autoridad actual en las cuestiones del sexo, se ocupa con tanta extensión como detalle de la apreciación de los ascetas sobre el sexo, y, al efecto, en su obra *Psicología del sexo,* ocupándose de la valoración del amor sexual, dice: "No hay motivo alguno para dar la razón a los que opinan que la proximidad de los centros generativos y excretorios constituyen un error crasísimo "por parte de la Naturaleza". Una asociación tan primitiva y antigua como la naturaleza misma sólo puede asquear a personas de sentimientos mórbidos e insanos. Puede añadirse a esto que el ano, que, estéticamente considerado, es el más repulsivo de los centros excretorios, está relativamente lejos del centro sexual, y que como, al discutir esta cuestión, manifestó R. Hellmann manifestó hace muchos años, "en primer lugar, la orina recién evacuada no es repugnante, y en segundo, que, aun cuando lo fuera, podría pensarse también que una boca sonrosada no pierde su encanto sólo porque deje besar en el momento en que su dueña sufra algún vómito".

"Un pastor me escribe, a este propósito, que podríamos ir más lejos aún, y hasta llegar a encontrar una ventaja en las aproximaciones. "Mucho celebro—me dice—que no esté de acuerdo con la persona que cree que la naturaleza se ha equivocado al usar los genitales para evacuar la orina. Aparte todo razonamiento teológico, yo no puedo estar conforme con este punto de vista. Creo que no hay motivo alguno para sentir repugnancia en lo que se refiere al órgano urinario, aún cuando reconozco que el ano no puede jamás resultar atrayente; pero es que el ano está completamente separado de los órganos geni-



EL DESNUDO FEMENINO.
¿Es posible que la belleza insuperable de este cuerpo desnudo pueda ser "repugnante" como afirman los ascetas?...

LAMINA I



LA VERDAD.
Siempre se mostró desnuda, y en su naturalidad augusta, como en el amor, no caben convencionalismos que lleguen a deformarla.

LAMINA II

tales. A mí me parece más bien que dicha aproximación tiene de bueno que nos obliga a guardar estos órganos ocultos, excepto en momentos nerviosos o de emoción sexual. Y como resultado de esto, se siente cierta repugnancia a ellos en épocas normales y una fuerte atracción en momentos de actividad sexual, y el ocultar de ordinario dichas partes, por temor a inspirar repugnancia aumenta grandemente su atractivo durante la emoción sexual. Hay que advertir que este sentimiento de asco es resultado del hábito y de la costumbre, pues según las escrituras, todo es bueno y puro en el cuerpo. El sentimiento ascético acerca de este particular, si buscamos su origen, no fué debido a la influencia cristiana, pues el cristianismo nació del judaísmo, y en esta última religión no se tenía por obsceno lo concerniente al matrimonio, ya que en el Antiguo Testamento la palabra "impuro" significa "sagrado".

El lado ascético del cristianismo no forma parte de la doctrina de Cristo tal y como salió de la mente de su fundador, y las teorías modernas acerca de este punto son sencillamente vestigios de la herejía de los maniqueanos, o sea los sectarios de Manes, que admitía dos principios creadores, uno para el bien y otro para el mal.

Yo podría añadir a esto, sin embargo, y como demuestra Northcote en su obra *La cristiandad y los Problemas sexuales*, que junto con ese franco reconocimiento de la sexualidad hay, en el Antiguo Testamento, una serie de ideas que revelan que existían teorías acerca de la impureza del sexo y de lo que con él se relaciona. Las cristiandad ha heredado esos sentimientos mixtos. Comunmente se ha creído, y sobre todo por los pueblos de la antigüedad, que cuanto se refería a los sexos era impuro y obsceno; los que se dedicaban a la vida religiosa debían evitar igualmente toda relación sexual, y hasta en la India era respetado el celibatario.

Con relación al origen de tales creencias se citan varias opiniones: San Agustín dice igenuamente que "el miembro viril, propenso a movimientos y prontas erecciones, que no tiene el suficiente dominio para contenerse, es un miembro vergonzoso, que tan sólo puede servir para recubrir el sexo en todo lo que tiene de repugnante.

Westermarck arguye que en los infinitos pueblos de todas las razas existe aversión por las relaciones sexuales entre los miembros de una misma familia, haciendo que este mismo ocultismo a que se sometía el sexo fuera lo que diera origen a la idea de impureza y obscenidad.

Northcote opina que esta ocultación era necesaria, porque si no

todo matrimonio se exponía a ser víctima de las furias populares, dando lugar esta misma ocultación a que el acto fuera considerado como pecaminoso. Diderot, habla también, y con anterioridad, de esta ocultación, atribuyéndola "a un sentimiento natural de molestia". Crawley dedica la mayor parte de su sugestivo trabajo *La Rosa Mística* a comprobar que para el hombre (por natural salvaje), el sexo es un elemento de vida peligroso, debilitante, y por tal razón pecaminosa.

La opinión cristiana acerca del ascetismo es bastante posterior a la aparición de esta doctrina entre los hombres, pues durante los primeros diez siglos de la cristiandad no se conocía este odio concentrado al cuerpo humano. El desarrollo de la doctrina ascética tuvo su origen en la Edad Media, según un autor en tiempos del Papa Gragorio VII, cuando la autoridad máxima de la Iglesia extendía su poder a todo el orbe. Entonces se estableció el celibato del clero seglar, dando impulso a las grandes comunidades de monjes claustrados y sujetos a las más severas reglas de austeridad.

Antiguamente era tan singular la opinión que se tenía del sexo, que en el año 850, cuando precisamente se desorrollaba el movimiento monástico, muchos se opusieron a las teorías y tendencias de los nuevos ascetas. Lo más pintoresco de estos aspectos de la lucha contra el ascetismo se contiene en las afirmaciones de Patrannus, un monje de Corbie, quien escribió una memoria para probar que María dió a luz a su hijo Jesús por sus órganos sexuales, y no, como empezaban a creer algunas personas exaltadas, por el pecho, órgano que, convencionalmente, se consideraba más decente.

Hay que reconocer en justicia que antes de la época señalada, los grandes propagandistas del ascetismo dirigían a las muchedumbres sus exhortaciones en el sentido de aconsejar la castidad y la modestia, pero sin atacar nunca deliberadamente al cuerpo humano, que fué la orientación única de San Bernardo, San Odo de Cluny y otros varios ascetas posteriores.

Hasta últimos del siglo VIII, los religiosos se ocupaban más de fomentar las virtudes espirituales de los fieles que de condenar las imperfecciones del cuerpo. No cabe duda que esta tendencia podía refutarse como eminentemente cristiana, ya que los propagandistas de tales ideas no hicieron más que seguir al pie de la letra por los caminos de salvación que tan sabiamente indicara a la Humanidad el mártir del Gólgota.

No obstante, Cristo introdujo en sus doctrinas muchos principios

ascéticos, si hemos de atenernos a las referencias teológicas más imparciales. Pero no cabe duda que las reformas introducidas posteriormente por hombres menos perfectos que El, desfiguraron los principios fundamentales, corrigieron cuanto les pareció y aumentaron en aquello que estimaron oportuno para la eficiencia más rígida de su autoridad. No es posible adentrarnos en disquisiciones filosóficas a este respecto porque, ante todo, queremos evitar la discusión con nosotros mismos: Tal es el volumen de las contradicciones que pueden apreciarse en el análisis de esta cuestión.

Otra determinante muy digna de tenerse en cuenta para explicarse la razón del ensañamiento de los ascetas con el desnudo humano, es la pugna que en el principio de la implantación del cristianismo existió con la religión pagana que rendía al espectáculo del cuerpo desnudo el tributo de su veneración. No obstante, hay que diferenciar los términos concretamente: el odio, la fobia, no era al desnudo en sí y por sí mismo; se encaminaba esencialmente al paganismo, y por extensión, a todos los ritos y expresiones de aquella forma religiosa. Si los paganos de Roma hubiesen establecido la ocultación del cuerpo, el cristianismo hubiera prescrito el culto al desnudo como la fórmula más pura de la manifestación humana. La desnudez, generalmente, la asociaron los paganos al baño, al gimnasio, al espectáculo público, etc.

El choque de las dos religiones fué tan violento, tan crudo, que aun reconociendo que la familiaridad con la desnudez enriquecía el espíritu de la castidad, elemento importantísimo de la Iglesia romana, ésta prscindió en absoluto de la fórmula natural, basada en los principios de la divinidad, sin comprender el grave peligro que tendría la ocultación del cuerpo para el equilibrio espiritual de los creyentes.

Naturalmente, a partir de entonces, es cuando ya se empezó a mirar las cuestiones del sexo a través del prisma de los primeros prejuicios, lo que dió lugar a las protestas de Clemente de Alejandría, quien enfrentándose valientemente con la mogigatería imperante que tendía a nublar las inteligencias, escribió: "No nos debiéramos avergonzar de hablar de lo que Dios no se avergonzó en crear." Su actitud, combatida por los enemigos que siempre tuvieron las ideas revolucionarias, llevaba la esencia de la teoría clásica que no admitía la vergüenza ante lo natural, ante lo hecho por Dios. "Casi siempre—asegura Wilhelm Capitaine—, Clemente defendía al cuerpo y funciones del sexo contra aquellos que los rechazaban en un soberano desprecio; y como la causa del sexo es la causa de la mujer, él, como nadie, en aquellos tiempos, afirmó la dignidad femenina y proclamó la santidad

del matrimonio, llegando a veces a considerarlo como estado más elevado que el de la virginidad."

La actitud de Clemente de Alejandría dió lugar a polémicas enconadas, en las que no llegaron a ponerse de acuerdo aquellos santos varones. Unos, sostenían sus puntos de vista exclusivamente teológicos, y, por lo tanto, humanos; otros, más razonables, invocaban a la Naturaleza y no osaban discutir la obra de Dios, y tampoco faltaron quienes, en un término medio más cómodo, sostenían que el hombre fué hecho por Dios de la cabeza al ombligo, pero que de ahí para abajo la construcción de la figura humana estuvo a cargo de algún poder maléfico.

Ahora bien: como resumen de tan enconadas discusiones, nosotros, modernamente, hemos de reconocer un hecho incuestionable: que las expresiones de la Naturaleza, en cualquiera de los órdenes que sean analizadas, ni ganan ni pierden firmeza con la autoridad o la desautorización de los sabios de la Iglesia y los redactadores de la Biblia. Es justo reconocer que los libros sagrados fueron escritos bastantes centenares de millones de años después de que el Sumo Hacedor cometiese la divina imprudencia de dejar solos en el Paraíso a un hombre y una mujer, la cual, antes de dar el "mal paso" que tan caro purgamos los mortales, tuvo el valor de jugar con una serpiente enorme y con una jugosa manzana... (Lámina III.)

Terminemos, pues, reconociendo, que en los mejores tiempos del cristianismo, cuando su poder y su prestigio estaban a tono con la pureza de la doctrina, todas sus teorías evidenciaban un franco y sincero acuerdo con todas las manifestaciones de la Naturaleza, sabia y serena, que, como obra divina, habrá de estar siempre muy por encima de las apreciaciones convencionales, equivocadas o sectarias, de los hombres.

El cristianismo en sus principios, como el resto de todas las religiones en su expresión actual, jamás condenó tan acremente las cuestiones sexuales, hasta convertirlas en motivos de pecado, de condenación, como sucedió a medida que fué pasando el tiempo hasta llegar a la época presente. Entre los mahometanos, budhistas, etc., el desnudo no sólo no es inmoral conforme a la moderna estimación cristiana, sino que afirman la santidad del sexo. En la India, cuna del ascetismo sexual más intransigente, el amor sexual ha sido ensalzado y santificado como en ninguna otra parte del mundo. La sexualidad en este pueblo tan remoto, alcanza una importancia tal, que nosotros, los occidentales, jamás contaremos con serenidad y comprensión bastantes para explicarnos cuánto representa para aquellas gentes que con la

mayor naturalidad del mundo, y sin la menor inquietud erótica, leen y meditan sobre los temas del amor escritos tan doctamente por los más remotos tratadistas del Indo.

¿Desaparecerá algún día el "tabú" que pesa sobre el desnudo y el sexo?... ¿Tornaremos a la expresión del ejemplo primitivo y natural ... Yo estimo que sí. Y entonces es fácil que la selección sexual, el instinto y el impulso, constituyan una "entente cordiale" con la moral y con las leyes de la Naturaleza, base única eficiente e indiscutible de que la raza, tan deformada como aquellas leyes, vuelva a llenar las funciones para que fué creada en demanda de la máxima perfección y del más austero entendimiento de su misión verdadera.

INSTINTO E IMPULSO

Diferencias de los sexos.—El pudor entre los "tamiles".—Motivo sexual del pudor.—Defensa y excitación.—Instinto sexual.—Impulso de evacuación. Desproporciones.—El impulso de evacuación en la mujer.—Opiniones.—Los peligros de la abstinencia.—La excitación en la mujer.—Fiestas sexuales.

«Entre todos los impulsos y movimientos de nuestra época, considerados humanamente, me parece el más bello e interesante la lucha de nuestras hermanas por alcanzar la igualación con el sexo fuerte, dominador y opresor: sí, y considero muy posible que no van a ser las disidencias sociales y económicas de los hombres las que imprimirán un sello especial al siglo venidero, sino que se caracterizará por la solución de la cuestión feminista».

(George Hirth).

No cabe duda que existiendo entre los dos sexos muy notables diferencias corporales, aunque creamos que no debiera ser así en vista de la semejanza de sus funciones, en el aspecto espiritual o moral han de evidenciarse también muy destacadas diferencias sexuales.

Bloch, un célebre tratadista alemán contemporáneo, dice, que "psíquicamente no son iguales el hombre y la mujer, no siendo justo interpretar estrictamente la palabra "psíquicamente", como siempre sucede, en todo el sentido de "intelectualmente", sino comprender en ella todo el concepto y contenido del alma, todo el ser moral, los hábitos espirituales, el carácter y la vida de la voluntad y de la sensibilidad, para convencerse inmediatamente que el modo de ser masculino y el femenino son algo completamente diferentes, naturalezas heterogéneas e incomparables".

En el volumen titulado *Cómo se imita la virginidad* ya hicimos algunas ligeras consideraciones acerca de estas notabilísimas diferencias "psíquicas" de los dos sexos, pero también hubimos de reconocer la identidad de derechos sexuales del hombre y de la mujer, cuando el instinto o el impulso, términos que ya definiremos, reclaman el ejer-

cicio de las nobles funciones para que los seres todos fueron creados. Si las necesidades fisiológicas son las mismas en uno que en otro, aunque su expresión adopte formas distintas, es lógico afirmar que el equilibrio sólo puede lograrse cuando no hay convencionalismos, prohibiciones, prejuicios o anate s que dificulten o impidan la libre manifestación de ese potencial que a veces se revela sin que el sujeto pueda comprenderlo en la plena consciencia de sus sentimientos. Cuando todas esas trabas existen, cuando la diferenciación sexual obedece, no a reglas naturales, sino a las imposiciones de agentes artificiosos, ese equilibrio no puede ser evidente, no puede ser justo, no puede ser moral. Y al decir "moral", queremos decir, exactamente, "natural" también.

No obstante. si el análisis del instinto o del impulso sexual en el hombre no es nada difícil, cuando se trata de investigar en la mujer, la cosa ya aparece rodeada de ciertas dificultades, especificada, la principal, en el pudor, que en la mujer ni en el hombre es innato, sino que resulta un fenómeno moral surgido en el curso progresivo del desenvolvimiento cultural: un producto, en resumen, de la civilización.

Claro es que estas dificultades de observación no tienen tanto volumen para el psicólogo como para el profano. Los más eminentes tratadistas han distinguido un factor animal y otro social en el pudor. El primero es de naturaleza claramente sexual, y es el más sencillo y primitivo elemento del sentimiento del pudor, indudablemente más acentuado en la mujer que en el hombre, y en sus orígenes peculiar sólo del sexo femenino, ya que significa una resistencia encaminada a proteger sus partes sexuales contra una no apetecida aproximación del macho.

Luego esto, que tanto ocurre en la mujer como en las hembras de los animales, no es posible asociarlo a un sentimiento de vergüenza, de algo moral: es algo instintivo que, hallándose la mujer en estado salvaje, sin contacto alguno con la civilización, puede traducirse por una disposición a no practicar el acto sexual, o porque el hombre no la agrade, o porque no tenga deseo alguno de realizar el contacto carnal.

Entre los *tamiles,* pueblo que habita en la India y especialmente en la isla de Ceylán, la explicación del vestido de la mujer no es otra "que el fin de ocultar lo que los hombres desean más ardientemente, sin tener en cuenta que la mujer puede no desearlo".

En efecto, una muchacha tamil no se avergüenza de bañarse delante de personas, cuando sabe que no puede ser objeto de cualquier atentado, no digamos a su pudor, sino a su sexualidad. Generalmente, estas mujeres son muy bellas y de magnífica constitución. En cambio, cuando un hombre les agrada, sea de su raza o extranjero, empiezan por mostrar sus encantos desnudos con la mayor naturalidad del mundo, prueba inequívoca de que en la parte más íntima de su organismo empiezan a iniciarse los fenómenos de la tumescencia.

Justo es decir también que, según me contaba un prestigioso *brahman* o sacerdote budhista, las bellezas tamiles se vieron obligadas a cubrir sus formas cuando llegaron los "bárbaros" de Occidente. No obstante, si por ese fino instinto de la mujer una muchacha tamil comprueba que las preferencias de un extranjero no las demuestra por su sexo, sino por ella en sí, no tardará en abandonarse y casi mostrarse completamente desnuda. Entonces, la parte más interesada es fácil que sea ella, ya que no hay que olvidar que el temperamento de una joven tamil suele ser bastante apasionado. (Lámina IV.)

"El pudor sexual de la hembra en los animales—cita Iwan Bloch de otro tratadista—radica en la periódicidad sexual femenina, y es una manifestación involuntaria del hecho orgánico de que *no es tiempo de amar.* Como este hecho es peculiar en la mayor parte de su vida a todos los animales hembras subordinados al hombre, viene a convertirse este sentimiento de defensa en una costumbre, que se manifiesta en aquellos momentos hasta en que deja de tener razón de ser. Vemos esto muy a menudo en las perras, que en la época del celo hasta corren detrás del perro y después huyen de él, tratando de escaparse, y solamente permiten ser cubiertas después de muchas habilidades de parte del macho para seducirlas. (De esta manera se ve que el pudor se convierte en algo más que un simple alejamiento del sexo masculino, porque más bien es un incentivo a éste, uniéndose a las ideas que aquél tiene de lo que le parece sexualmente más deseable en el ser femenino.)

"Así podría explicarse el pudor—continúa—, como un *carácter genérico psíquico secundario...* El pudor sexual femenino es, por lo tanto, un inevitable producto secundario de la acometividad masculina en lo relativo a la sexualidad y de la actitud defensiva del femenino, que está fundado en que en el hombre, y en todas las especies afines a él, la función sexual de la hembra es periódica y tiene que ser protegida contra el otro sexo, mientras que en éste raras veces o nunca necesita ser protegida."

El otro elemento fundamental de pudor, en el aspecto social, como

ya hemos dicho en otro volumen, es el temor a inspirar repugnancia.

No obstante, la relación que el tratadista aludido establece entre el pudor y la actitud de la perra, no es posible admitirla completamente como ejemplo en que basar el pudor de la mujer salvaje. La actitud de la perra siguiendo al macho y huyendo después de él, evidencia claramente que el pudor no existe puesto que ella es quien toma la iniciativa, y, después al huir del macho esa conducta no puede atribuirse a un sentimiento de pudor específico sino más bien a una modalidad del instinto sexual que se encamina a producir la excitación en su galanteador como consecuencia natural del estado de tumescencia. Pero esa mujer salvaje que oculta sus genitales ya lo hace por las razones que hemos apuntado: o porque el hombre no la sea grato o porque el momento no sea oportuno, en cuyo caso la repulsión ya no es instintiva, sino perfectamente consciente. En todo caso esta forma de pudor más bien es una expresión de los métodos instintivos de selección sexual.

Siempre que hablemos de la mujer con relación al hombre, inevitablemente, habremos de aludir al "instinto de defensa" del sexo débil. Yo estimo que ese pudor primitivo, el que no está contaminado con las fórmulas de la civilización y que induce a la mujer a cubrir sus órganos sexuales primarios, no es más que una tendencia clara y manifiesta a eludir la mirada del hombre, ya que no hay que olvidar que uno de los sentidos que más influencia ejerce en la tumescencia es el de la vista.

En esos pueblos donde por toda vestimenta las gentes llevan un taparrabos bastante sumario, el uso de esta prenda tiene su objeto en la vida pública nada más, puesto que en privado tanto el hombre como la mujer se despojan de esa cubierta. Esto no ocurre entre los civilizados, donde el sentimiento de pudor se asocia, particularmente a la ocultación de los órganos genitales en los dos sexos. En este caso ese pudor ya forma parte de un complejo estético en el que se mezclan la falta de belleza de los órganos genitales y ese mismo temor a producir asco.

Ya hemos visto cuánta es la influencia del pudor como producto de la civilización o de las reglas morales en uso. Si la mujer pudiera prescindir en absoluto de esos prejuicios igualándose a sus congéneres que no los sienten, no cabe duda que la expresión del instinto o del impulso sería tan libre como lo es en el hombre, siendo entonces fácil que su pasividad no ofreciese tanto volumen diferencial con la actividad del sexo masculino. Bien es verdad que por su constitución especial, por su debilidad, por su "feminidad", en suma, la mujer ha de ser pasiva en la función sexual. Y más que pasividad diríamos resistencia, actitud negativa, voluntad de no ceder. Pero todo esto no es más que una lucha encarnizada entre el consciente y el subconsciente, que, al fin y al cabo, es un método claramente definido de excitación imprescindible para la conquista del macho, que sin esta resistencia a vencer el objeto a conseguir, perdería una buena parte de su encanto. Luego he aquí uno de los fundamentos elementales en la manifestación del instinto.

Al decir "instinto sexual" queremos designar la totalidad de los fenómenos psíquicos y físicos de reproducción que tanto afecta al hombre como a los demás animales de toda la escala zoológica. Se ha discutido mucho acerca de la propiedad de la expresión "instinto", y es cierto que algunas definiciones de la acción instintiva parecen excluir el mecanismo esencial del proceso mediante el cual se verifica la reproducción de la especie.

Un tratadista dice que tales definiciones son completamente erróneas y que apenas merecen ser refutadas. Spencer dice, definiendo el instinto, que es un compuesto de acciones reflexivas, definición suficientemente clara y precisa a mi entender.

El doctor Peckham ha dado una definición más clara del instinto: "Con la palabra "instinto", dice, expresamos todos los actos complejos realizados con anterioridad a toda experiencia y de una manera análoga por todos los miembros del mismo sexo y de la misma raza, omitiendo, como no esencial, de si iban o no acompañados del conocimiento." No obstante lo acertado de la definición, el profesor Lloyd Morgan la modificó y amplió en los siguientes términos: "La distinción entre el instinto y la acción reflexiva estriba en los diferentes grados de su relativa complejidad"; y deduce que la acción instintiva puede comprender "el grupo complejo de actos coordinados que, en su principio, son independientes de la experiencia, que tienden al bienestar del individuo y a la conservación de la raza; que son debidos a la cooperación de estímulos externos e internos; que son igualmente realizados por todos los miembros del mismo grupo más o menos restringido de animales; pero que están sujetos a variaciones y a subsiguientes modificaciones, bajo el influjo de la experiencia". Semejante definición nos da una idea clara de lo que llamamos instinto sexual.

El instinto sexual es el resultado de muchos factores, y para desentrañar su contenido debiéramos descomponerle en todas sus partes, lo que resultaría una tarea inoportuna en nuestra obra de divulgación

sexual. Morgan ha indicado que los componentes pueden clasificarse en la siguiente forma: primero, el anuncio interno que despierta el impulso; segundo, el estímulo externo que coopera con el impulso para afectar el centro nervioso; tercero, la respuesta activa debida a a las coordinadas descargas exteriores, y cuarto, el mensaje desde los órganos concernientes a la acción por medio de la cual es más sensiblemente afectado el sistema nervioso central.

Aunque en una definición muy somera, ya sabemos lo que es el instinto, pero, para expresarnos mejor, intentaremos analizar el "impulso sexual".

El instinto es, como si dijéramos, un resultado psíquico, y el impulso lo es físico, aunque naturalmente necesita de las naturales excitaciones del primero.

Apoximadamente podemos definir el impulso sexual diciendo que es un impulso de evacuación. Havelock Ellis dice que, especialmente en la primera edad, las emociones producidas por la forzada retención de las secreciones son frecuentemnete pesadas o agudas en alto grado, y que la alegría de la satisfacción correspandiente es proporcionalmente intensa. Pero en la edad adulta, en la mayor parte de las ocasiones, estos deseos pueden ser fuertemente rechazados al fondo de la conciencia, en parte por la experiencia, y en parte también por el hecho de que la actividad muscular involuntaria es menos imperativa en la edad adulta; de suerte que el elemento ideal en relación con las secreciones ordinarias es casi una cantidad insignificante.

"La teoría de la evacuación, dice un autor, ha sido, no obstante, la que ha alcanzado mayor aceptación, y los cínicos gozan expresándola con lenguaje crudo. Es el recurso a que apela el espíritu pervertido, y en *argot* de los criminales franceses, el burdel es la *cloaca*. Fué también el concepto implícitamente aceptado por escritores ascéticos medioevales, que consideraban a la mujer como "un templo edificado sobre un albañal", desde un punto de vista muy diferente fué concisamente expuesto por Montaigne, que sin duda fué el que más contribuyó a sostener este aspecto: "Yo encuentro, dice, que Venus, después de todo, no es más que el placer de descargar nuestros vasos, de la misma manera que la Naturaleza hace agradable las descargas de otras partes."

Sir Thomas More, refiriéndose al placer de la evacuación, habla de aquel sentimiento que experimentamos "cuando naturalmente nos desahogamos, o cuando realizamos el acto de la generación".

Ahora bien, de todas las definiciones que se han hecho acerca de

este impulso la más completa estimo que ha sido la de Féré, que dijo: "La génesis debe ser considerada como una necesidad de evacuación; la elección está determinada por las excitaciones que hacen más agradable la evacuación". Más tarde modificó ligeramente su opinión diciendo que "el apetito sexual es, principalmente, una necesidad general del organismo basada en una sensación de plétora, una especie de necesidad de evacuación".

Pese a todas estas discusiones, es evidente la dificultad que existe para diferenciar en absoluto el instinto del impulso de evacuación. Yo estimo que en el hombre el echo de evacuar sus receptáculos seminales puede ser la principal base erótica d la aproximación sexual. A este respecto, he recibido testimonios de varios hombres que ejecutaban el acto carnal tomando precauciones contraconceptivas por medio del condón. Afirman que cuando esta envoltura artificial estaba demasiado ajustada al glande, al efectuarse la eyaculación, el obstáculo opuesto a la salida del semen por el aparato impedía experimentar el deleite máximo, y no siendo la evacuación continua, era fácil advertir que al efectuarse ésta en contracciones sucesivas de los músculos eyaculadores el deleite se acentuaba en el momento de la salida de cada porción de esperma que podía vencer la resistencia del condón.

Por estas confesiones que, por cierto, me mercen entero crédito, he de mostrar mi conformidad con las teorías que sostienen que el "impulso de evacuación" parece ser toda la clave del deleite sexual, o, mejor dicho, el motivo esencial que produce el orgasmo. La detumescencia es, ya lo hemos dicho, la "deshinchazón", la "expulsión", por lo tanto, de aquellas secreciones que mantenían en estado de replección a unos órganos que, al ser vaciados, desocupados, producen un bienestar que asociado con las demás circunstancias resumen las emociones más intensas del placer sexual.

Algunos autores han comparado este bienestar producido por la evacuación de los líquidos espermáticos con el que origina la evacuación de la vejiga o del intestino. Pero esto es inadmisible, porque puede refutarse diciendo que el volumen de las secrecciones no está en proporción con el deleite que la evacuación procura en cada caso: la cantidad de semen que eyacula un hombre en el coito es bastante más reducida que la orina o las heces que pueden expeler una vejiga o un intestino completamente llenos.

Si en este aspecto analizamos a la mujer, veremos que en ella la evacuación de secrecciones es casi nula, puesto que se reduce sólo a

las pequeñas glándulas que expelen una reducidísima cantidad de productos lubrificantes.

En los demás aspectos, ya hemos hablado en volúmenes anteriores acerca del impulso sexual en las mujeres cuyo volumen es idéntico, por no decir mayor que en los hombres. Pero no olvidemos cuanto hemos dicho al principio de este capítulo, o sea la influencia del pudor artificial que en las condiciones actuales de vida obliga, o, mejor dicho, fuerza a la mujer a reprimir no digamos ya sus impulsos, sino sus simples deseos en materias sexuales.

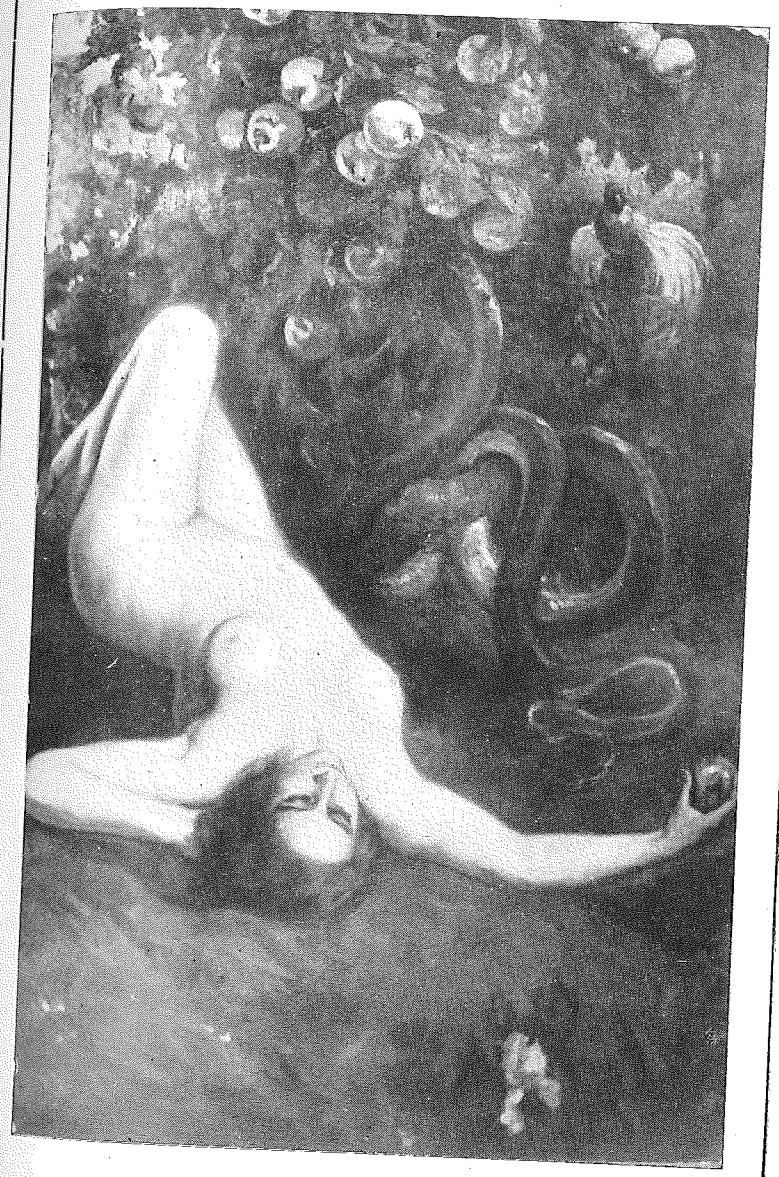
Hemas hablado también con alguna extensión de que la pasividad en la mujer no es real, sino aparente, en lo que a las cuestiones sexuales se refiere, estando demostrado que las mujeres pueden sufrir igual que los hombres por una abstinencia sexual prolongada. Maudsley considera que las mujeres "sufren más que los hombres por la total privación de las relaciones sexuales". Algunos man llegado a sostener que esta causa puede ser origen no sólo de trastornos funcionales, sino hasta de graves enfermedades. Así, Pilt, eminente ginecólogo del siglo XIX, al tratar de esta cuestión escribía: "Cuando consideramos la gran parte de la vida de la mujer dedicada a las varias fases del proceso de la generación y cuán terribles son con frecuencia los conflictos entre el impulso de su pasión y los dictados del deber, puede comprenderse cómo tales conflictos reaccionan sobre los órganos de la economía sexual en la hembra no fecundada, y principalmente sobre los ovarios, cuando un orgasmo que, repetido muchas veces, puede *posiblemente* producir una ovaritis sobreaguda".

Muchos médicos eminentes citan casos parecidos, lo que prueba que en una mujer de temperamento normal la satisfacción del instinto del sexo no sólo es necesaria, sino imprescindible, para la mejor organiación de su economía.

En las mujeres que gozan de buena salud, la excitación sexual tiende a producirse espontáneamente, pero jamás con la frecuencia que este mismo fenómeno se opera en el hombre que, no lo olvidemos, es, o debe ser forosamente, el elemento activo. No obstante, entre ciertas tribus salvajes de Nueva Guinea, la actividad y la iniciativa en las relaciones sexuales corresponde casi por entero a las muchachas, que tienen el derecho a elegir esposo entre los jóvenes casaderos. Pero bien es verdad que el hecho parece más bien ritual que biológico, puesto que una vez consumado el matrimonio, la mujer se incorpora a la pasividad que caracteriza al sexo femenino. (Lámina V, A.)

Algo parecido ocurre en el archipiélago de Bismarck. Dos meses

al año, en abril y septiembre, las gentes parecen atacadas de una verdadera furia sexual que dura varios días, siendo las mujeres, pero ahora las viejas, las que persiguen a los jóvenes furiosamente hasta que las poseen. Tengo entendido que no es raro que ocurran ayuntamientos incestuosos. Por lo general, cuando un joven no quiere enfrentarse con los ardores eróticos de su perseguidora, está obligado a satisfacer un tributo, a cambio del cual queda en libertad de pagar el "impuesto" sexual de la fiesta, con una mujer más joven de la familia de la repudiada, que, en tal caso, no tiene más remedio que someterse a las imposiciones de la costumbre. (Lámina V, B.)



EVA EN EL PARAÍSO.

Si no hubiera sido por la ligereza de dejar "solos" en el Paraíso a nuestros primeros padres... He aquí a Eva distrayéndose con la famosa serpiente.

LAMINA III



MUCHACHA TAMIL.

Entre estas bellas habitantes de la isla de Ceylan, el vestido, incompatible con el clima, no tiene otro objeto que ocultar a las miradas masculinas aquellas partes de su cuerpo que pueden excitar la sensualidad del hombre. Cuando dichas jóvenes encuentran a un hombre de su agrado o están dispuestas a amar, no tienen el menor inconveniente en quedarse desnudas y entregarse sinceramente a las caricias que se las quiera prodigar.

LAMINA IV

LAS FORMAS DEL AMOR

Amor y lujuria.—Amor y sexo en el diccionario.—Ideal del amor sexual.—Sexualidad romántica.—Cómo se ama en el Japón.—Las teorías de Schopenhauer.—Amor y decepción.—Platonismo y romanticismo.—El instintivo.—La equivocación del idealista.—Un caso curioso.—La necesidad de variación.—No hay amor único.—El más firme.—La desilusión del acto sexual.—Los neutros.

MAL tema es éste para salir airoso, si pretendiéramos analizar la cuestión con un severo espíritu de crítica. Por fortuna, después de todo lo que se ha escrito y se ha hablado desde la aparición del primer hombre sobre la corteza terrestre, nada nuevo podemos objetar ni nada original se puede añadir.

No obstante nuestro pesimismo, el único recurso que nos queda, y acaso el más interesante, consiste en enfocar el asunto desde el punto de vista actual, aunque sin omitir, porque no es posible, los antecedentes "históricos", por decirlo así, de tan trascendental motivo polémico.

No podemos referirnos a otra clase de amor que aquel que, más o menos íntimamente, se relaciona con la sexualidad.

Al llegar a este punto, nos encontramos con que es preciso hacer los necesarios distingos para valuar debidamente el amor sexual. Hay personas que para diferenciar el amor platónico, el netamente espiritual, del amor sexual, llaman a aquél "amor", y a éste "lujuria". Ya nos hemos referido someramente en el prólogo del presente tema a ese término que las personas sensibles rechazan indignadas, considerándola en absoluto incompatible con el concepto que la costumbre ha atribuído al vocablo "amor".

Precisamente la costumbre es culpable de la diferenciación de ambos términos, pues antiguamente, las palabras "lujuria" y "lujurioso" se traducían, serenamente, por un vigor sexual sano y lícito. Pero las crudezas de los ascetas medioevales determinaron que todas las palabras relacionadas con el sexo fuesen estimadas vergonzosas y obs-

cenas e indignas de pronunciarse en conversaciones serias y honestas.

El resultado de aquella nefasta intervención de los intransigentes ha sido el hecho de que actualmente, nuestro diccionario, tan rico—y creo que los de las demás lenguas también—, carece de palabras sencillas, precisas y naturales para definir el amor sexual, lo que forzosamente obliga a emplear términos generales de amplísimo significado. No obstante, el espíritu vulgar creó palabras concretas y castizas, que no ofrcen otro inconveniente que el de su crudeza, que se adapta mal a todas las sensibilidades. Un hombre que ama a una mujer, antes de consumar con ella el acto carnal, dice: "la amo"; pero aquel que ya la ha poseído, no tiene más remedio que expresar su situación diciendo, "me he acostado con ella". Y esto, si no recurre a eufemismos más enrevesados; pero en todos los casos faltará la palabra justa, definitiva y correcta, ya que decir "me he acostado", aunque la frase siempre se interprete en su sentido metafórico, no siempre contiene la expresión exacta de lo acaecido.

Hinton, refiriéndose a la diferenciación del amor, dice: "Llamamos lujuria a los deseos más sencillos y naturales. Lo mismo podíamos denominar el hambre y la sed como "lujuria", al querer expresar un impulso sencillo de la naturaleza. Pero hacemos mal uso de la palabra "lujuria" calumniando a los que se la aplicamos, y de este modo introducimos el más absoluto desorden en la vida, pues al confundir tontamente los llamamientos de la Naturaleza con la "lujuria", le obligamos a restringirse y dominarse."

Afirma un autor que mientras la "lujuria" es conocida por todo el mundo, existiendo en todas partes palabras para designarla, el "amor" ni existe por doquier, ni en todos los idiomas hay palabras que expresen su significado. "Este hermoso sentimiento—agrega—falta en los sitios más inesperados, y existe en donde menos podríamos figurárnoslo."

Está suficientemente comprobado que algunas razas salvajes no tienen ni la menor noción de lo que es el amor, y—como los *nahuas* de América—no tienen en su vocabulario palabras que expresen este sentimiento; en cambio, en el idioma "quichua" que hablan los antiguos peruanos, existen cerca de seiscientas combinaciones del verbo *munay,* amar.

Entre ciertos pueblosc contemporáneos de Africa y Oceanía, el amor aparece como un sentimiento exclusivamente femenino del que para nada participan los hombres, quienes, como vulgarmente se dice, "se dejan querer". Esto no quiere decir que la iniciativa de los actos sexuales esté asignada a la mujer; pero es evidente que un

hombre que recibe los homenajes de amor de su compañera, homenajes traducidos en el afán de rodearle de comodidades, de reservarle los mejores manjares, de vigilar su sueño, de ayudarle en la lucha por la vida e incluso facilitarle las mujeres que su sexualidad apetezca, ese hombre estima que en su esposa es una "obligación" comportarse de esa manera, como es obligación suya evitarla esfuerzos y trabajos violentos durante el embarazo y la lactancia. Los celos, naturalmente, no se conocen entre estos salvajes.

Remontándonos a otros tiempos diremos que hasta los mismos griegos tardaron en desarrollar un ideal de amor sexual. Los poetas líricos de Grecia escribieron muy pocos poemas amorosas dedicados a la mujer antes que lo hiciera Anacreonte, el cual creó ese estilo a edad muy avanzada. El verdadero amor para los griegos era siempre homosexual, no comprendiéndose cómo pudieran existir dichos vínculos espirituales entre personas de distinto sexo.

Los poetas griegos consideraban a la mujer como un bello objeto de placer, pero nada más: a lo sumo, pero sin niguna asociación idealista, una mujer era la fundadora de la familia, por lo que habían de rendírseles los homenajes que merece una institución útil. Sófocles y Eurípides fueron los "descubridores" de que la sexualidad tenía sus bellezas espirituales bien acusadas, y que la mujer no sólo estaba obligada a ser madre, sino que tenía un perfectísimo derecho a participar de las emociones sexuales que con tanto ahínco se procuraban los hombres. El amor entonces tomó formas nuevas, considerándose como asunto de vida o muerte el amor de una mujer.

Después de este período, y teniendo en cuenta la vigorosa influencia que ejercía la civilización griega, el concepto romántico del amor sexual atraviesa las fronteras, se adentra en el alma de los pueblos y no tarda en extenderse por toda Europa.

Un antiguo tratadista que estudió la influencia del espíritu en el sexo, dice que el amor romántico, pese a la irradiación griega, no llegó a ser perfectamente comprendido por el pueblo de Europa, pareciendo que sólo era sentido por las castas superiores, aristocráticas e intelectuales. En efecto, en el siglo XVI, vemos que las relaciones de los matrimonios entre las gentes humildes quedaban limitadas a la unión sexual. Un autor de aquellos tiempos refiere, con cierta extrañeza, que "jamás el marido acariciaba ni besaba a su mujer al salir o llegar, cosa muy extraña en sí, ya que el caballero, el hombre de clase más elevada, ofrecía a su esposa los tiernos y delicados detalles de amor".

Pero aún en nuestros mismos tiempos, hay una región próxima a los Alpes donde aquellos sencillos habitantes parecen ignorar hasta la existencia de la palabra "amor", reconociéndose y compredíéndose los aspectos netamente sexuales de la cuestión. Por otra parte, entre los mismos habitantes humildes de gran parte de la Europa meridional, se advierte esta indiferencia por la caricia, esta especie de vergüenza de brindar esas mutuas delicadezas en que el amor es pródigo: hasta diríamos que las relaciones de un matrimonio, a los pocos años de consumado, son frías y casi formularias, sin que en la práctica habitual surjan esas bellas complicaciones sentimentales que tanto enoblecen a la expresión materialista de la sexualidad. En contraste, el llamado "crimen pasional" y el suicidio por amor suelen ser bastante frecuentes, pero bien es verdad que estos fenómenos se manifiestan siempre o casi siempre con anterioridad a la posesión carnal de la persona amada. Tales son los delitos del amor romántico, que, en este caso, parecen un resultado de la espiritualidad primitiva, o, dicho más claro, un producto de incultura.

Pero no es sólo en Europa donde el amor sexual carece de valoración exacta, como ocurre en los casos citados, y que, hasta cierto punto, puede achacarse a un defecto de civilización, ya que entre las clases más educadas la sexualidad adquiere formas de refinamientos y hasta perversiones que deben interpretarse como muestras de exaltación de la psicosexualidad. En ciertas partes de Asia y especialmente en el Japón, pueblo de cultura moderna, aunque plagado de tradicionalismos remotos, el amor sexual no tiene una franca relación con el psiquismo. Esto ocurre en lo que pudiéramos llamar ayuntamientos legales, sancionados por las leyes o cánones del país. Y conste que no podemos decir que sancionados por el amor, porque esta emoción, en la forma que nosotros la interpretamos, no se comprende entre los matrimonios, si bien es la única forma admitida en los *yoshiwaras* o barrios del placer en los que la prostitución adopta las más bellas formas que puedan imaginarse.

Una eminente profesora japonesa, miss Tsuda, pero que prescindió de la religión shintoista para abrazar el cistianismo, escribía a este propósito: "Esa palabra "amor" ha sido hasta hoy desconocida entre nuestras alumnas en el sentido que la emplean los extranjeros occidentales. La obediencia, la sumisión, la bondad, esos son los sentimientos que enseñábamos a nuestras niñas a ofrecer a los maridos que les habían sido elegidos, y muchos matrimonios felices se lograron con nuestras enseñanzas; pero ahora, las sentimentales mujeres

extranjeras les dicen: "Es malo casarse sin amor; la obediencia a los padres en estos casos constituye un insulto a la Naturaleza y al cristianismo. Si amáis a un hombre, hay que sacrficarlo todo y casarse con él..."

En el Japón, el verbo *aisuroo*, amar, no tiene la más mínima relación con la sexualidad ni tampoco sirve para expresar un deseo específicamente carnal, o sea, sin la mediación de componente psíquico alguno. Allí el amor es un sentimiento del espíritu solamente.

Schopenhauer definió el amor diciendo "que en realidad no es más que una locura, una demencia pasajera que el individuo tiene que sufrir en bien de la raza". En este punto coincide con muchos tratadistas que vivieron preocupados por las difcultades que ofrecía la explicación de esos fenómenos.

"Cuando un joven y una doncella se abrazan extasiados, creen firmemente que buscan su propia felicidad. Pero no es así—agrega Schopenhauer—; lo que ocurre es que el genio de la raza los ciega y obliga a creer que buscan un fin puramente personal, con el objeto de inducirlos a efectuar una misión mucho más elevada, impersonal y extensa: la creacción de la raza futura. La intensidad de su pasión no es la medida de la felicidad personal que han de lograr, sino la de su capacidad y aptitud para producir descendencia. Al aceptar esta pasión, desoyendo tal vez los consejos de una cautelosa prudencia, el joven y la doncella sacrifican y arriesgan su felicidad personal para cumplir los más altos fines de la Naturaleza."

Claro es que esta refinición del amor parece hecha a base exclusivamente de una apreciación tan personal y con enunciados tan convencionales, que para admitirla en toda su amplitud sería preciso anatomizarla dejando al descubierto todos sus componentes, sin prescindir de la célebre orientación de su autor en cuestiones psicosexuales. En este caso, llegaríamos a la conclusión de que el amor es la suma de los componentes psíquicos y físicos que se traducen en una ecuación completamente normal.

Eso que Schopenhauer llama "genio de la raza", no es más que el instinto de reproducción. Pero esa ilusión que induce a los amantes a efectuar la cópula sin pensar, en la mayoría de los casos, en las consecuencias reproductivas, ¿no es una forma de espiritualidad que ennoblece el acto?... Y si los amantes se equivocan, como dice, tal equivocación no produce desánimo, desaliento ni fracaso: se traduce en una emoción inexperada, pero mucho más intensa que la que ellos

esperaban hallar al final de la jornada, puesto que equivalía a la gran obra de colaboración en la obra constructiva del mundo.

Ahora bien: si dijera que la consumación del acto carnal traía como consecuencia la muerte del amor, ello pudiera admitirse hasta cierto punto nada más. Ya hemos dicho repetidas veces y en distintos tonos que cuando la predisposición psíquica de los amantes es firme, cuando existe la determinante precisa de la espiritualidad, del "amor", la "lujuria" resulta una consecuencia lógica que se apoya en aquella base indestructible, cuando, naturalmente, esa base no resulta minada por agentes destructores más poderosos. En otro caso, sabiendo que el deseo se sacia con la posesión, cuando al deseo no van unidos otros elementos, no hay duda que el amor no existe y la lujuria lo es todo. Conste pues, que los términos amor y lujuria hemos pretendido aplicarlos sólo conforme a la interpretación vulgar.

Ellis dice que hay que tener en cuenta, sin embargo, que el amor, considerado en el sentido más bajo de la ilusión y el engaño, puede ser, y frecuentemente es, una decepción, porque un hombre puede muy bien engañarse a sí mismo o ser engañado por el objeto de su pasión, en lo que se refiere a las virtudes que ella posea o deje de poseer. "En el primer amor de la juventud, por ejemplo—agrega—, tal engaño es perfectamente natural y lógico, y entre personas de temperamento exaltado y sugestivo suele ocurrir con frecuencia. Justo es recordar, sin embargo, que siendo esta clase de decepción o engaño más frecuente en los casos amorosos—y más serio por lo indisoluble del lazo matrimonial—, puede ocurrir también en cualesquiera otra relación y por cualquier otro afecto de la vida."

Esta explicación del sabio psicólogo inglés es preciso completarla, a mi juicio, con lo que pudiéramos llamar "potencia de la ilusión", elemento que, vinculado a un acto amoroso cualquiera que haya producido una emoción intensa en uno de los amantes o en ambos a la vez—con más intensidad, generalmente, en la mujer—, puede ser bastante para que aquella impresión, aquella sensación placentera, ese traumatismo psíquico "positivo", se convierta en eterno móvil de atracción, como el traumatismo "negativo", de que ya hemos hablado, se traduce en expresiones diametralmente opuestas.

A este propósito, el célebre Malthus decía que tal vez no exista un solo hombre que, habiendo experimentado la felicidad genuina del amor virtuoso, con lo que quiere decir "amor" y no "lujuria", o, mejor expresado, espíritu y no materia, por grandes que hayan sido sus placeres intelectuales, "no recuerde el período amoroso de su

vida como el punto luminoso de su existencia, aquél que su imaginación más se complace en recordar y contemplar con tierno pesar y sentimiento, aquél que con más deseo volvería a vivir de nuevo. La superioridad que tienen los placeres intelectuales sobre los goces sexuales consiste en que aquéllos ocupan más nuestro tiempo, en que son más extensos y en que no se sacian fácilmente; pero de ninguna manera son más verdaderos ni esenciales que el amor."

Hmos visto que Schopenhauer y Malthus hacen dos definiciones diametralmente opuestas al amor; pero en ambos casos puede apreciarse que el factor ilusión juega un papel claramente definido, aunque uno lo estime de una manera y el otro de otra. Mas después de analizar las diversas interpretaciones del hecho psicofísico, hemos de exponer cuáles son las formas corrientes del amor normal, o, mejor dicho, cuáles son los tipos de enamorados más acreditados en cuanto a la normalidad de las manifestaciones de ese sentimiento que ellos interpretan individualmente, de acuerdo con las reglas que estiman lógicas según su temperamento y disposición. Naturalmente, a veces nos encontraremos con casos que rozarán con las lindes de lo patológico, bien por defecto o bien por exceso, en lo que se refiere a la expresión de su emotividad psicosexual.

Empecemos, pues, por el platonismo, por el amor romántico, por aquel que excluye en absoluto, como pecaminoso, cuanto se refiere al sexo. Quienes en estos términos interpretan su predisposición amatoria, ni pueden estar más equivocados, ni resultan, a fin de cuentas, más desdichados en sus afanes de conquista. Conste, sobre todo, que, como dijimos antes, nos referimos a la vida moderna.

El romántico, el imaginativo, el idealista o como queramos llamarle, cuyo representante español es el célebre Don Juan, tiende a la idealiación artística de los senidos y los instintos, base fundamental de la espiritualización del amor, en cuyo proceso toma parte, pero de una manera claramente definida, la sexualidad más franca: el instinto sexual, convertido en amor exaltado de la imaginación.

Los antecedentes más o menos literarios y reales de esta clase de amor, lo constituye, sin duda alguna, el platonismo de la antigüedad helénica y de los renacentistas italianos. Este amor completamente inofensivo se basa en la contemplación individual y estética de la persona amada. En la contemplación y en el pensamiento puesto siempre en "ella", en esa "ella" a quien todos los hombres, allá por los días felices de la pubertad, dedicamos unos versos que hicimos llegar a sus manos por conducto de una amiga, o, sencillamente, deslizán-

dolos por debajo de la puerta. La demencia de estos enamorados llega hasta el extremo de no reparar en la azotina que aquel acto romántico puede costar a la mocosuela de sus pensamientos.

Pero remontémonos a otros tiempos para analizar "cuerdamente" esta deliciosa locura. El amor romántico hace su aparición en los laudes y poemas kilométricos de los trovadores y romanceros medioevales, con la característica de la individualidad. Aquí, también, aparecen los elementos artísticos más bellos del amor: la música y la poesía. Aquellos galanteadores, no cabe duda que tomaban sus precauciones, de las que aún pueden observarse rastros en las costumbres de todas las pequeñas poblaciones, cuyas doncellas son las únicas personas que leen a los poetas y se enternecen con un poema musical de Chopin. En las grandes ciudades, el *jazz* y la revista de "cine" ha sustituído, creo que con ventaja sexual, a las fermatas y endechas de aquellas buenas gentes... El amor romántico necesita de armas menos sutiles: la espiritualidad ya no está tan a flor de alma como entonces, sino que hay que buscarla a través de la coraza de conciencia, por no decir otra cosa, de que está revestida la mujer moderna. Si Schopenhauer, de quien antes hablábamos, levantase la cabeza, se avergonzaría de haber escrito aquello de que "la mujer es un animal de cabellos largos e ideas cortas". Hoy, no hay más remedio que alterar el orden de la expresión. Además opino que el romanticismo ha fracasado: la civilización acabó con él, como con el miriñaque.

Pero entre la caballería andante es donde ya el romanticismo adquirió en la Edad Media un carácter más general. Quien mejor lo ha definido ha sido el profesor Herder diciendo "que el amor del caballero medioeval es un reflejo del estilo gótico; la misma inmensurable fantasía y el mismo inefable sentimiento crearon las enormes y solemnes catedrales y el amor, que soñador, sublimó el valor y la belleza de la mujer amada elevándola hasta el cielo, a la vez que daba forma exterior a ese amor por medio de la galantría."

Los caballeros se enzarzaban en lizas y torneos terribles con tal de captarse la atención de la dama de sus pensamientos, casi siempre una señora casada, pero a la que no deseaban carnalmente. Ahora bien, en brusco contraste con aquella elegancia sentimental, el mismo que por la tarde había hecho tan fabulosos alardes de espiritualidad, por la noche se revolcaba en el lecho de la menestrala que le caía a mano en medio de los mayores desenfrenos eróticos.

Modernamente, ese principio espiritual no se presenta tan rígido en el hombre plenamente consciente de su sexo: sólo al adolescente

le es permitido practicar tan deliciosas tonterías en la primera época de su noviazgo. El romántico de hoy, más próximo a la psicopatología que a la normalidad, empieza por desterrar de su ánimo toda idea susceptible de tarar el radicalismo amoroso que se forjó, y sus galanteos se limitan a los imprescindibles versitos, a la flor, a la misiva encendida de romanticismo, y luego, si llega a verse ante la elegida de su corazón, la palabra se trunca en su garganta y sus rostro adquiere una expresión extática de hiperestesia emocional, de idiotez, en suma, que le obliga a ofrecerse como un autómata desconcertado de inercia y de rubor. En el volumen XI de estos temas, titulado *El arte de hacerse amar,* analizaremos cuál es la actitud de la mujer ante un enamorado de esta naturaleza, demostrando que la aversión inicial de la mujer puede nacer, irremediablemente, en esa táctica equivocada.

Por fortuna, como ya hemos dicho en otra ocasión, el romántico no tarda mucho en volver por los fueros de la normalidad, y entonces puede convertirse en un hombre sensato que admite todos los placeres del sexo sin el menor escrúpulo, convencido de que su orientación de antes obedecía, más que a otra razón, al hecho de su inexperiencia.

Otro tipo de enamorado es el *instintivo,* o sea aquel que no admite complicaciones sentimentales, puesto que sólo persigue la posesión carnal, sin importarle un ardite los demás elementos. El himenólatra, por lo general, no es más que un instintivo, y como todos los individuos incluídos en esta categoría suele ofrecer todas las pruebas que caracterizan la intelectualidad deficiente o nula.

El enamorado romántico tiene, por lo general, un concepto uniforme de la estética: la mujer pequeña, o delgada, rubia, delicada, en suma, es su tipo preferido. Esas apacibles bellezas que pintaba Watteau constituirían el ideal del imaginativo. Pero el instintivo, ya es bien distinto: desdeña a la mujer que prefiere el romántico y prefiere a la que el romántico desdeñaría. Han de ser fuertes, morenas, gruesas ardientes y altivas: no buscan mujeres, sino hembras. No les agradan las jóvenes, por la sencilla razón de que su excesiva sexualidad anhela a la experta, o, mejor dicho, a la que ya es responsable de todos sus actos: han de tener "carne" y "peso". Rubens pintó mujeres para los instintivos.

Esta clase de enamorados no forma parte de los "atletas" amorosos a que nos hemos referido en el volumen anterior. Tengo testimonios de prostitutas que, con rarísimas excepciones, coinciden en afirmar que cuando llegan a excitarse con un instintivo, nunca pueden

quedar satisfechas ni con los resultados de un solo orgasmo. El enamorado carnalmente efectúa su descarga sexual en un solo coito, por regla general. Después, o se entrega al sueño o sólo es capaz de repetir el acto muy de tarde en tarde.

Este hecho se explica fácilmente. Y sabemos que para que los placeres sexuales puedan estimarse como completamente normales, es necesaria una bien definida predisposición psíquica: se precisa del elemento amor en cualquiera de sus manifestaciones o grados. Pero el enamorado carnalmente que sólo ansía la satisfacción de su sexualidad escueta, completamente de los sentidos, al no disponer de otros recursos de excitación que los específicamente carnales, una vez realizado el acto, rápida y violentamente en la mayoría de los casos, es muy difícil que no sienta una sensación de hastío y a veces de asco hacia la mujer que acaba de entregársele, por lo cual necesita de nuevos elementos de atracción ofrecidos por una mujer distinta. Si el imaginativo resulta un amante modelo, el instintivo rara vez puede alardear de fidelidad ni de atractivos constantes para una mujer de temperamento normal siquiera.

En el amor del imaginativo cabe hacer varias subdivisiones, puesto que la imaginación da para todo. Estos son los que creen honradamente que el amor que les inspira el amante ha de ser, forzosamente, eterno. Pero analizando la cuestión desde el punto de vista psicológico y de la experiencia, el amor es parecedero, como son perecederas todas las emociones.

Hay que convenir, además, que la edad influye poderosamente en la interpretación del sentimiento. Eduard Von Hartman, un moderno psicológo alemán, dice que el amor es una tempestad que no se descarga con un rayo, sino que poco a poco, tras varias descargas, pierde su electricidad, y sólo entonces "vuelve el viento suave, y el cielo del sentido común se aclara y mira sorprendido a la lluvia fertilizadora, y en el lejano horizonte a las nubes que desaparecen".

Y no es cierto que el amor primero de la juventud sea el más fuerte: en ello están de acuerdo cuantos poetas y fiolósfos han aprendido a conocer sinceramente al hombre. Ello es cuasa que les induce a desaconsejar una unión seria y duradera con el solo elemento del amor primero. Según unos, el desengaño se presenta a los pocos días de intimidad, afirmando otros que no es necesario un plazo tan prolongado. Gutzkow dice que la poesía del primer encuentro y del inmediato enamoraminto, es el eterno juego de azar de la juventud contemporánea, en el que pierden la salud, la vida y el porvenir. Por mi parte, creo que este notable filósofo está en lo cierto.

Otro autor, Kierkegaard, en su interesante obra *Diario del seductor*, afirma: "El amor tiene muchos misterios, y este primer enamoramiento es también uno de ellos, y, aunque no el más grande, enloquece tanto a los hombre su pasión, que en seguida se dan palabra de casamiento o cometen otra porción de insensateces, y en un momento ha terminado todo, y no saben ni lo que han logrado ni lo que han perdido."

El célebre gran erótico Rétif de la Bretonne, buen conocedor de este sentimiento en todos sus aspectos, escribe: "Es una locura sin igual confiar en la constancia de un joven de veinte años. En esta edad se quiere más a las mujeres que a una mujer y se embriaga uno más con la contemplación sensual que con la del individuo, por digno de ser amado que sea éste."

El romanticismo es capaz, en la sublime locura de sus expresiones, de idealizar lo más abyecto, desde el punto de vista de la moral en uso. En la primera juventud se prescinde hasta tal punto del elemento sexual, que un muchacho llega a pasionarse locamente de artistas o prostitutas cuya vida de escándalo aterrorizaría a un puritano. En estos casos, el principal atractivo de la mujer está significado por las preferencias y distinciones de que puede ser objeto por otros hombres. El enamorado no anhela la posesión material, porque llega a estimarla, a pesar de todo, tan pura y tan inmarcesible, que afirma, sin temor a que se rían de él, "que es virgen de alma" y nada le importa que no lo sea de cuerpo. Estas grandes pasiones, por lo general, hacen sus estragos en silencio. El enamorado es un fetichista que colecciona retratos, recortes de Prensa y cuanto se refiera a la artista. No obstante su repugnancia al acto sexual normal con la elegida de sus delirios, el erotismo se le desencadena en formas a cuál más diversas: oír hablar de ella, leer su nombre, y, sobre todo, poseer un objeto que la preferida haya tocado, equivale a la gota de agua precisa para que se vierta el vaso rebosante de su hiperestesiada sexualidad.

Pero esta clase de amor tan del espíritu, tan de la imaginación, no suele ser ni biológico siquiera. Al efecto, estimo oportuno referir el caso de un joven estudiante de Derecho que en cierta ocasión requirió de mi ayuda para su desdicha. He de advertir, en honor a la verdad, que en su familia había habido dos alcohólicos y una neurópata, antecedentes que no pude desdeñar para aconsejarle el trantamiento que consideré oportuno.

Haciendo un viaje de Maracaibo a la Guayra, pocas horas de navegación, conoció a una bailarina española que realizaba una turné por Venezuela. Desde el primer momento se enamoró locamente de la artista, advirtiendo, según confesiones de ella, que el muchacho no la fué indiferente.

Unos días después debutó en un teatro de Caracas, y durante toda su actuación el estudiante no dejó de enviarla flores y misivas anónimas que por su redacción no dejaban lugar a la preferida de saber que su incógnito apasionado era el joven que conoció en el barco. A ella le intrigó el caso, y hasta pudiéramos decir que llegó a enamorarse entonces del galanteador. De Caracas pasó a Lima para cumplir otro contrato, y las cartas y los obsequios seguían, siempre en el anónimo.

El joven llegó a disfrazarse para asistir a las representaciones, con el fin de no ser reconocido. Pero un día, al cabo de dos meses de persecución incesante, la casualidad hizo que se encontrasen en las oficinas de Correos de El Callao. Ella, con ese fino instinto de la mujer, le abordó sinceramente, y el estudiante no tuvo más remedio que confesar su pasión, a la que bien pronto fué correspondido.

"—Yo—me decía el muchacho—es cierto que experimenté cierto disgusto cuando N. me reconoció, pues hubiese querido que mi pasión siguiese siendo secreta indefinidamente. Dejé los estudios y la hubiera seguido a todas partes. Tuve otras novias e incluso amantes, pero en ninguna descubrí emociones tan bellas como las que la adoración a N. me procuraban."

Vemos, pues, en este caso, las características más firmes del amor exclusivamente psíquico. Iniciaron las relaciones completamente románticas. Lo más atrevido que el muchacho se permitía consistía en besarla una mano, pero nada más. "Mis labios—decía—, que han besado a tantas prostitutas y mujeres fáciles, no podían manchar su frente tan pura."

Pero, naturalmente, el instinto empezó a reclamar sus fueros imperdonables, dando ella, discretamente, los primeros pasos. Por fin, una noche, ella fué a buscarle a la habitación del hotel donde ambos se hospedaban. Sobre su desnudo completo, no llevaba más ropas que un kimono de seda roja y unos chapines del mismo color.

Dice el muchacho que cuando la vió completamente desnuda, fué tal la emoción que experimentó que empezó a llorar de dicha. Rápidamente la cubrió el cuerpo de besos, mientras que ella, perfectamente

excitada en el normal terreno de la sexualidad, hizo por obtener otras caricias de su enamoradísimo estudiante. Pero... no fué posible.

Ella, que por lo visto ya tenía cierta experiencia en estas cuestiones y acaso conociese casos análogos, comprendió lo que le ocurría al enamorado, resolviendo aplazar lo que fuere para unas horas más tarde, quedándose ambos en el lecho. Más tampoco se llegó al final, y esto se repitió varios días. El muchacho, desesperado, se reconoció impotente. En efecto, tal impotencia psicosexual, fácil de corregir en la mayoría de los casos, era el porducto de su erróneo concepto del amor. Después supe que el tratamiento psicoterápico que le aconsejé le produjo óptimos resultados, pero también pude saber que la artista había perdido los encantos que más le atraían: "su pureza". La posesión le produjo el hastío, y, por consecuencia, creo que también la muerte de tan exaltado romanticismo.

Estas sensaciones tan fuertemente idealistas no pueden ser eternas, ni aun en el caso imposible de que el hombre tuviese constantemente de dieciséis a veinte años. Se opone a ello un fenómeno antropobiológico que muchos autores designan con el enunciado de "necesidad de variación". A este respecto dice Bloch que "el amor humano, como tal y en sus particulares manifestaciones, está dominado y fuertemente influído por esta necesidad de cambio y de variación. Acepto esta necesidad humana de variación en las relaciones sexuales como un principio que explica hechos existentes, pero no como un ideal que deba realizarse. Al contrario: soy de parecer que la firmeza, la fidelidad y la constancia en el amor, y la represión y debilitación de la necesidad sexual de variaciones representan, si se reconocen, un eminente progreso cultural por el cual la vida del amor humano se desenvuelve en un sentido más elevado y se perfecciona. Pero los hechos que diariamente ocurren son algo que no se puede ahuyentar del mundo por ninguna hipocresía ni mojigatería, y no hay más remedio que contar con ellos.

A mi juicio, esta definición de Bloch carece de elementos biológicos en que fundamentarla, cuando dice que no es un ideal que deba realizarse el de la necesidad sexual de variación. En el aspecto moral, la costumbre nos ha enseñado a calificar de inmoral la variación, que si en el hombre es disculpable, en la mujer no tiene perdón. Puede añadirse a esto el hecho indubitado de que el hombre es polígamo en el sentido estrictamente biológico de la palabra. En la mujer, esta variación no puede ser biológica, al menos durante el lapso de tiempo

que media entre la fecundación y la involución total de los órganos después del alumbramiento placentario.

Otra variedad del amor sexual que no existe es el "amor único", pues en la vida de los hombres está emoción puede repetirse con mujeres distintas en los mismos grados de intensidad, y en cambio, en la mujer no se da con tanta frecuencia este caso, ya que hemos de tener en cuenta las impresiones psíquicas que recibe en la iniciación, cuando ésta se efectúa con plena consciencia y disposición amatoria. Una mujer recordará siempre las escenas amorosas que desempeñó con su iniciador, escenas que significaron la pérdida de un velo virginal psíquico y físico que no podrá volver a recuperar. Para el hombre, cada mujer puede brindarle emociones inéditas, pues siempre aportará en la posesión elementos que él ha de estimar como desconocido.

No obstante estas afirmaciones, reconozco sinceramente que la variación sexual en tales términos expuesta no puede ser muy rica en sensaciones duraderas, por lo que estimo que, hasta cierto punto, no le falta a Bloch razón para no admitir la realización de ese ideal.

Otro aspecto muy discutido del amor es si se puede amar a la vez con la misma intensidad a dos personas. Iwan Bloch contesta a esta pregunta con un "sí" categórico, pronunciado, a mi modo de ver, con cierta audacia.

Para medir el grado de intensidad del amor que, por ejemplo, un hombre pueda profesar a dos mujeres, es necesario tener en cuenta, no la intelectualidad del hombre, sino los atractivos que cada una de estas mujeres puedan brindar al enamorado. Hay muchos maridos que aun viviendo completamente felices con sus esposas, tengan o no hijos, comparten su energía psicosexual con una amante, por la que serían capaces de realizar los mismos sacrificios que mereciera la esposa. Desde luego, la amante y la esposa tienen que ofrecer en la comparación diferencias notabilísimas, tanto éticas como estéticas, o, por lo menos, en uno de ambos sentidos.

Si tomamos como base de nuestra investigación a un instintivo que llegó al matrimonio llevado precisamente por su instinto, ya hemos visto al hablar de esta clase de enamorados que la necesidad sexual de variación es en ellos el principal móvil de su concepto del amor. Es posible que la amante reúna muy semejantes cualidades de atracción que la esposa, pero nunca sus sentimientos serán exactamente iguales. Es de tener en cuenta también el factor económico que entonces puede establecer el límite de la sensualidad de este tipo.

El imaginativo ya es más constante, y la variación sólo puede

aceptarles en un sentido platónico, aunque es fácil que como el escultor que toma de una modelo los brazos, de otra la cabeza, de una tercera el tronco, las piernas de una cuarta, etc., busque en cada una de sus amantes, en cuyo caso ya no amaría a dos, sino a más, todas aquellas expresiones del mayor agrado para su sentimentalismo y que no puede o no ha sabido encontrar en una sola mujer.

Dice Bloch que precisamente la enorme y variada diferenciación espiritual de la moderna Humanidad culta nos proporciona la posibilidad de un amor doble simultáneo. "Nuestro ser espiritual—dice—brilla con múltiples colores a cual más variados, y es muy difícil encontrar en cada individuo el complemento correspondiente.

George Hirth declara asimismo que tiene importancia recordar que las mujeres, así como los hombres, pueden amar a dos personas al mismo tiempo. Los hombres, dice, se acogen al prejuicio de creer que el corazón, o, mejor dicho, el cerebro femenino, sólo puede pensar en un hombre cada vez, y que si piensa en más de uno incurre en una especie de prostitución.

Casi todos los escritores, poetas y novelistas eróticos, y hasta los médicos y los psicólogos, dicen que pertenecen a esta clase; miran a la mujer como un objeto de propiedad, y creen, por lo tanto, que dos hombres no pueden "poseer" a una misma mujer.

Contra esta tendencia a despreciar la capacidad psísiquica de la mujer, Hirth sostiene que la mujer no es, por fuerza, infiel a un hombre por el solo hecho de concebir una pasión por otro. "Hoy—dice acertadamente el autor—sólo el amor y la justicia pueden ser considerados como motivos honrosos del matrimonio. El hombre moderno concede a su esposa amada, a su compañera de toda la vida, la misma libertad que disfrutó él antes de su matrimonio, y de que a veces hace uso dentro de éste. Si como es de esperar, ella no se aprovecha de su libertad, ¡tanto mejor! Lo importante es que no haya mentiras, que no exista el engaño; el fundamento y base indispensable del matrimonio moderno es una sinceridad y amistad ilimitada, una confianza ciega, un amor profundo, una consideración exquisita. Este es el mejor resguardo contra el adulterio.

Y que aquél que se vea sorprendido con una manifestación de este mal, precise y se consuele, si puede, con el indiscutible hecho de que, de dos verdaderos amantes, aquel que dé pruebas de la mayor y más noble *amistad* será siempre el preferente.

Hemos de analizar también el amor de los "fusionistas o conyu-

gales", según la definición de Horacio Grumberg y que hemos transcrito en uno de los volúmenes anteriores.

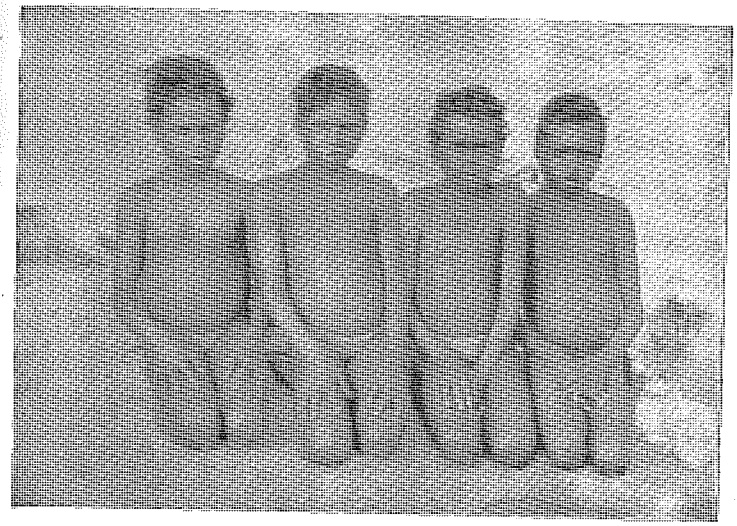
No cabe duda que el amor verdadero no es ni el de la edad prepúber, ni el de la primera juventud, ni el de los imaginativos que reniegan del sexo como algo nefando, ni tampoco el de los instintivos que, por encima de toda espiritualidad, por encima de todo idealismo, colocan su ambición vehemente por la experiencia de los placeres carnales. El verdadero amor es el producto total de todas las circunstancias que conducen a la madurez del desarrollo psíquico y fisiológico.

Nietzsche ha dicho, y justo es reconocer que tiene razón sobrada para afirmarlo, que llega mucho antes el tiempo de casarse que el de amar.

Habrá lectores que—sobre todo si están en esa edad deliciosa de las ilusiones, en ese plan de idealismo que, al fin de la jornada, se traducirá en la convicción de que vivieron una quimera—no sean capaces de interpretar en justicia el alcande de mis convicciones si digo que el verdadero amor, el más biológico, el que encaja perfectamente en el enunciado de las leyes naturales, es aquel que se apodera del individuo cuando el matrimonio se ha consumado, o, dicho de otra manera, cuando se llevó a cabo con todas las garantías fundamentales de la plena posesión.

Hay que convenir que las afinidades intelectuales, la identidad de gustos y de aficiones son los elementos que contribuyen más directamente para consolidar la duración de un amor. La prolongación temporal de este sentimiento es casi siempre el producto de una ampliación y variación de las afinidades intelectuales. Dice Bloch que las afinidades físicas pierden muy pronto, por la fuerza de la costumbre, el encanto de la novedad, lo que explica el que muchos maridos, a pesar de la hermosura de sus mujeres, sean infieles muy a menudo con otras mucho más feas, con jóvenes de baja estofa y hasta con vulgares prostitutas.

Al hablar de la atracción y aversión de los sexos hemos hecho abundantes consideraciones a este respecto, por lo que no nos parece prudente insistir. No obstante, hemos de reconcer que el peligro mayor para el amor, que donde con más gravedad se muestra es en el matrimonio, es la costumbre, que actúa de dos maneras: unas veces puede atrofiar el amor sólo por la monotonía de la eterna repetición. "Merece considerarse—dice Goethe—que la costumbre puede suplantar perfectamente al amor; exige, más que una graciosa, una cómoda



A. Indígenas de Nueva Guinea.



B. Isleños de Bismarck.
Aquí se da el caso de que la iniciativa en las relaciones sexuales corresponde siempre a las muchachas, aun en la más temprana edad.

LAMINA V



DAMA DE LA ARISTOCRACIA CHINA.

El honor sexual, por decirlo así, es tan rígido en el concepto de una señora china, que la más ligera duda de infidelidad por parte del esposo, equivale a un mandato inviolable de suicidio.

LAMINA VI

existencia, y si lo consigue, es invencible." Otras veces contradice la costumbre a la necesidad de variación; estar juntos diariamente adormece al amor, sofoca su fuego y engendra un odio lantente o descubierto entre los esposos.

Dice Hartnann que este odio se observa lo más frecuentemente en los matrimonios por amor, y precisamente porque en ellos el ideal ha sido destruído por la brusca realidad, que es tanto más cruel cuanto más al desnudo muestra la vida íntima a lo humano y... lo más que humano de la vida al despojar a la ilusión del último velo que cubre sus ojos. No sin razón ha habido quien ha denominado al dormitorio común de los esposos el "asesinato del amor".

Ahora bien, esta definición del sabio filósofo alemán necesita de ciertas aclaraciones, a mi juicio muy precisas. Yo no diría matrimonio "por amor", sino que habría necesidad de ampliarlo, diciendo que "por amor platónico, romántico o imaginativo". En este caso, como el que he citado del estudiante y la bailarina, no cabe duda que el estado de hiperestesia espiritual, de excesiva emotividad, de exagerada impresionabilidad psíquica, ha de quedar completamente anulado cuando el acto sexual se realiza con todas sus crudezas, todos sus encantos y también, por qué no decirlo, con todas sus desilusiones.

Que estas decepciones ocurran siempre no es posible afirmarlo; pero lo que no deja lugar a dudas es que el imaginativo que lleva ese fardo sentimental al matrimonio, no tarda en advertir que la disposición de su esposa no se parece en nada a la en que él se halla, pues si bien es cierto que la mujer es menos suceptible a las expresiones espontáneas del instinto, es también innegable que su orientación en esta materia resulta completamente normal y no se aviene fácilmente a esas monstruosas deformaciones que caben en la mente del imaginativo.

No obstante, si él llega a darse cuenta perfecta de las verdaderas necesidades de su esposa, puede eludir el grave peligro de la aversión, y esa costumbre de que Hartnann nos habla constituirá el compendio de todas las manifestaciones del amor bien orientado. En otro caso esa "brusca realidad" no solo aparta al imaginativo de su esposa, sino que para ella también resulta repelente la figura de aquél que no supo comprenderla.

Cuando esa costumbre hace que la vida de los esposos se deslice sin grandes contrastes ni inquietudes, nos encontramos en presencia del "neutro", o sea de aquél que, como diece Grumberg, es el tipo que representa al barro fecundo de la Humanidad, puesto que

pasa por la vida sin grandes apetencias ni notables desengaños. El neutro, que se da especialmente en el hombre y rara vez en la mujer, llega a convertirse también en la genuina representación del clásico cornudo, porque su amante forzosamente ha de vivir siempre anhelosa de sensaciones nuevas que él no supo prodigarle.

Las formas del amor son numerosísimas. En el terreno de lo normal, hemos visto hasta dónde puede llegar la imaginación como conductora de la sexualidad. Pero es que, salvando estos linderos de la expresión consciente, existe otro campo, también amplísimo, el de la psicopatología sexual, el de la sexualidad morbosa, el de los monstruos y enfermos que presentan las facetas más dramáticas en que es pródiga la locura.

EL AMOR LIBRE

Contrastes.—Las armas de los detractores.—Inmoralidad sexual en el matrimonio.—Reivindicaciones femeninas.—Variación de conceptos.—Historia del amor libre.—La actitud de Godwin.—Amor libre en el Japón.—Tradición y sexo.—La abnegación de las damas chinas.—La sexualidad entre los cafres.—Diferencia entre el malthusianismo y el amor libre.

Al amor romántico de la Edad Media y del Renacimiento, que se albergaba en los palacios y mansiones señoriales, con sus elegancias, con sus bellas facetas de sublime espiritualidad, con sus expresiones galantes, con la fragancia de una pureza noble y austera, inspirador de grandes pasiones, acicate de audaces empresas, motivo de dulces poemas y melodiosas composiciones musicales, móvil de las más insignes obras maestras en todas las bellas artes que hoy admira la Humanidad entera... Todo esto dicen los tradicionolistas que no se resisten a creer que hayan pasado, tal vez para siempre, aquellos tiempos mejores.

Pero si este concepto cae bajo el análisis sereno de un biólogo, toda esa poesía se convertirá en prosa. Pero en prosa útil, natural y biológica.

Y a ese concepto, a aquellas prácticas sutiles en las que el alma era todo y el sexo no representaba nada, ha sucedido una orientación nueva, revolucionaria e iconoclasta: el amor libre.

Entre ambas fórmulas o expresiones de la sexualidad, no cabe duda que esta última es la más normal y, además, la que más intima con el concepto cristiano del amor.

Dühring, un pensador cristiano, es citado por Iwan Bloch en el pórtico de su ensayo sobre el amor libre, cuando dice que la transformación del matrimonio indisoluble en un matrimonio libre e igual, de mayor perfección moral y natural, sólo será realizable por la unión de la completa independencia económica de la mujer con la aseguración de su existencia. Y añade: "Sin la realización de esta forzosa

suposición se convertiría el más elevado ideal de la moral libre en la peor de las caricaturas."

La preocupación por el problema del amor libre empezó a distraer la atención de los moralistas, sociólogos y médicos en la última década del siglo pasado, y, después de los ensayos practicados en la Rusia soviética, ahora parece que la cuestión ocupa el plano de la máxima actualidad. Bloch dice refiriéndose a ello, que de la acertada solución de este problema depende el porvenir de la civilización y la redención definitiva y la liberación de la triste situación creada por el yugo del matrimonio a la vida del amor en la actualidad. "Esta es nuestra firmísima creencia—asegura—y nuestra decidida convicción, que compartimos con muchos y no precisamente de los peores pensadores."

En torno de esta fórmula natural del amor se ha levantado una verdadera tempestad de odios y anatemas feroces y desorientados, llegándose a creer que la implantación del amor libre equivaldría al derrumbamiento moral y físico, no sólo de la civilización, sino de la Humanidad. Pero estos adversarios furibundos y malintencionados que esgrimen las armas mohosas de la tradición y las razones ilógicas de una moral en desuso, no son capaces de aducir ni siquiera argumentos medianamente razonables.

Pese a cuantas aclaraciones serenas y autorizadas se han hecho por los más insignes pensadores de nuestro siglo—y hasta de siglos anteriores también—, no acaban de reconocer que los propagandistas de las ideas del amor libre no persiguen, como fundamento de estas doctrinas, ni la abolición del matrimonio ni la organización de la sexualidad fuera de la unión perfectamente legal.

Pero si analizamos la cuestión con la serenidad que el caso requiere, no tardaremos en convencernos de que el amor libre es una cosa y el comercio carnal extraconyugal otra: nada tienen de común ambos enunciados. Tanta es la diferencia existente, que el amor libre, protegido no sólo por las leyes de los hombres, sino también por las fórmulas más exactas de una moral nueva, constituirá, a no dudarlo, una barrera infranqueable, un dique poderoso, que detendrá las expresiones desordenadas de la sexualidad ilegítima que el matrimonio actual representa, ennobleciéndolo y haciéndolo más útil a la sociedad y al prestigio de la raza.

Yo llamo comercio sexual ilegítimo, inmoral y absurdo a aquél que se practica en los matrimonios donde el único móvil de la unión obedeció a la preponderancia de factores económicos, pero nunca espirituales. Un autor prestigioso asegura: "Mientras más se atenga la gente en las circunstancias actuales de índole económica al matrimonio de hoy día, ya anticuado y necesitado de una amplia reforma, y mientras menor sea el número de los que manifiesten deseos de contraer nupcias, tanto mayor será la miseria general sexual y tanto más caeremos en los profundos abismos mefíticos de la prostitución, a los que conducirá indefectiblemente la creciente promiscuidad del comercio sexual ilegítimo."

Los que defienden a ultranza el matrimonio tradicional, argumentan de esa forma, condenando y declarando infamante toda relación entre dos personas independientes, libres y conscientes de sus actos y de sus sentimientos, basándose sobre el amor libre: en contraste, aprueban sin reservas de ningún género cualquier comercio sexual en el que ni por asomo tome parte el factor espiritual más mínimo, la menor afinidad personal, la más elemental predisposicnón noble. Y estiman lícito que estas relaciones se mantengan, no sólo con prostitutas, sino con mujeres casadas, que no por eso pierden la estimación de que gozan en los círculos respetables donde sus debilidades no constituyen un secreto.

Ya hablaremos de la prostitución. Una misión que desempeñé durante varios años agregado a cierto organismo internacional, me dió lugar a trabar conocimiento con personas de la mejor reputación moral... pese a sus riquezas obtenidas en el tráfico infame de la trata de blancas.

Mas la prostitución, rastro trágico de esas normas morales tan inmorales, ha desaparecido en Rusia como consecuencia lógica de la implantación de amor libre. Quedan, sí, mujeres que aún comercian con su cuerpo. Pero de estas desgraciadas, viciosas, alcohólicas, enfermas mentales en suma, bien poco es lo que pudieran hacer ni la ciencia ni la sociedad.

Si hemos visto cuáles son las diferencias impuestas a los sexos, diferencias que benefician al hombre y perjudican a la mujer, puesto que autorizan a expresar los anhelos de su instinto al hombre y obligan a la mujer a reprimirle contra toda moral natural y contra todo derecho, ¿puede decirse que la emancipación del sexo femenino, esa rebeldía de que ya hemos hablado no es una tendencia natural, no es un paso dado en firme en el camino de sus reivindicaciones? Y, pese a los moralistas, ¿habrá diques capaces de contener esa supuesta inmoralidad que con su intransigencia alentaron los hombres?...

Mucho más natural sería que los moralistas fundamentasen sus teorías en bases más justas y sensatas, indicando dónde pueden los

solteros satisfacer su instinto sexual, no sólo humano, sino divino, puesto que fué creado por Dios, ya que al propio tiempo se condena a las solteras a la más completa castidad, una castidad, no digamos ya antibiológica e innatural, sino hasta intensamente nociva para la salubridad que hemos de estimar como imprescindible fundamento del máximo vigor y protencia de la raza humana.

Bloch afirma que basta colocar uno al lado de otro estos dos hechos para poner de manifiesto toda la mentira y vileza de la moral del matrimonio indisoluble, "verdadero cáncer", dice, que corroe nuestra vida sexual y única causa del creciente desarrollo de la prostitución, de la salvaje promiscuidad de los sexos y de las enfermedades llamadas secretas."

Los conceptos del amor libre han variado bastante desde que los tratadistas tuvieron la audacia, ya que no puede llamarse de otra manera a su actitud en pugna con la vieja moral, o, si se quiere, el atrevimiento de enfrentarse con las doctrinas seculares de los puritanos, hasta las reformas iniciadas en Rusia cuyos métodos han sido acogidos con más sorpresa que escándalo, ya que nadie pensó que en un pueblo que vivió oprimido durante tantos siglos mostrándose refractario a incorporarse a las corrientes de la moderna civilización, fuese posible, de un plumazo, revolucionar en absoluto aquellas expresiones de la moral burguesa reflejada en unas leyes hechas contra los demás.

Iwan Bloch en su obra *La vida sexual* escribía hace veinte años, acerca del amor libre, lo siguiente.

"Se dice siempre: los hombres no están todavía lo bastante maduros para la libre e independiente determinación de su vida amorosa, ni tampoco para la responsabilidad que de ella se va a desprender, y se llama la atención acerca de los peligros que tales puntos de vista y reformas pueden acarrear a las clases bajas.

Pero los hombres son mucho mejores de lo que los paladines de la decrépita moral convencional nos quieren hacer creer, y precisamente a los pertenecientes a dichas clases se les puede dejar seguir tranquilamente los impulsos de su corazón por darnos el ejemplo de que la libertad no significa lo mismo que el libertinaje y el deseo inmoderado de los placeres sexuales, sino al contrario, despierta el sentimiento del deber y el de la responsabilidad manteniéndolos vivos.

Con mucha razón hace notar Alfred Blaschko que el proletariado ha realizado hace ya mucho tiempo el ideal del amor libre. En él vive la mayor parte en unión sexual, sobre todo entre los diez y ocho y veinticinco años sin contraer matrimonio.

"En todos los tiempos no ha sido considerado como pecado el amor libre entre el elemento proletario. Donde no existe propiedad que legar a un legítimo descendiente, donde el impulso del corazón atrae a los hombres, no se preocupó jamás la gente de la bendición del sacerdote, y si no fuera hoy día tan sencilla la forma del matrimonio civil, y, por otra parte, no se pusieran tantos obstáculos para todo en su camino a las madres solteras y a sus hijos, *quién sabe si el proletariado moderno no habría abolido para sí hace mucho tiempo el matrimonio.*

Blaschko aporta el dato de que en todas partes donde el amor libre no es posible *entra a susbstituirle la prostitución.*

Este hecho prueba de una manera muy difícil de refutar la necesidad del amor libre, porque la respuesta a la pregunta de qué es preferible, la prostitución, o el amor libre, no puede ser dudosa.

Si yo, como médico y celoso partidario de las aspiraciones para la lucha contra las enfermedades sexuales, en vista del espantoso incremento de las casas donde pública y privadamente se practica la prostitución y del extraordinario aumento de la propagación de las antes citadas enfermedades, contesto en general con un "no" a la pregunta hecha recientemente por Max Marcuse y otros médicos acerca de si el médico debe aconsejar el comercio sexual ilegítimo veo, sin embargo, en la institución del amor libre y de una nueva moral unida a él, en la cual se reconozcan al hombre y a la mujer como dos seres libres con los mismos derechos e idénticas responsabilidades, el único medio de salvación de la miseria de la prostitución y del venéreo.

Colocad a la mujer libre frente al hombre libre, imponedles el mismo profundo sentimiento de la responsabilidad que nace del amor de dos personalidades libres, y veréis cómo redunda ese amor en beneficio de ellos y de sus hijos siendo su felicidad.

Antes de que profundice en el problema del amor libre voy a tratar brevemente de su historia en el siglo XIX. Veremos que un gran número de espíritus eminentes y de elevada naturaleza moral se han ocupado de él, porque estaban firmemente persuadidos y penetrados de la falta de solidez de las circunstancias actuales en el terreno sexual y de que sólo una solución en el sentido de un concepto más libre de las afinidades sexuales podría traer la anhelada salvación.

Con los románticos, declaró William Godwin, el amante y esposo de la célebre feminista Mary Wollstonecraft, en Londres, a principios del siglo XIX en su *Investigación acerca de la justicia política,* que el convencional matrimonio indisoluble era una institución caduca que coartaba y perjudicaba grandemente la libertad del individuo. El ma-

trimonio era una cuestión de propiedad y una persona no podía ser propiedad de otra. Godwin sostenía que la abolición del matrimonio no tendría ninguna mala consecuencia. El amor libre y posterior matrimonio de Godwin y la Wollstonecraft merece una corta descripción. Godwin opinaba que los individuos de una familia no deberían verse demasiado. Creía también que el vivir en una misma casa los perjudicaría para trabajar, y por eso alquiló unas habitaciones en una casa no muy alejada de la de su mujer, y en la de ésta se presentaba ya muy tarde a la hora de comer. Las horas intermedias se consagraban a trabajos literarios. Durante el día se escribían cartas.

Influído probablemente por Godwin dirigió Shelley en sus notas a *Queen Mab* profundos ataques al matrimonio *indisoluble*. Entre otras cosas dice lo que sigue:

"El amor se agosta bajo el yugo. Su condición esencial es la libertad y no se aviene con la obediencia, ni con los celos, ni con el miedo; donde más puro, perfecto y desembarazado de toda opresión se muestra es donde sus prosélitos viven con más confianza, igualdad y franca abnegación. El marido y la mujer no deben vivir unidos más que mientras se amen, toda ley que les imponga la obligación de vivir juntos aunque sólo fuera un momento, después de extinguida su pasión será una insoportable tiranía."

En seguida combate rudamente a la moral convencional, tan íntimamente relacionada con el matrimonio indisoluble, y termina con estas palabras:

"La gazmoña idea de la castidad de la sociedad actual es una superstición monástica y hasta un enemigo mucho mayor de la continencia natural que la insulsa sensualidad; roe las ríaces de toda la felicidad de la familia y condena a la miseria a más de la mitad del género humano sólo para que unos cuantos puedan disfrutar de un monopolio legal. No hubiera podido imaginarse otro sistema que se opusiera con tan refinada animosidad a la felicidad humana como el matrimonio. Creo con seguridad que de la abolición del matrimonio surgirá el verdadero concepto del comercio de los sexos. *No digo de ninguna manera que este comercio sería frecuentemente variable.* Parece, por el contrario, que por las relaciones entre los padres y los hijos, una unión semejante sería, por lo general, de larga duración y que se distinguiría de las demás por su generosidad y abnegación."

También se ve aquí la firme convicción de que en la libertad del amor está la más firme garantía de su segura duración.

Posteriormente defendieron y profetizaron el amor libre los prerrafaelistas, principalmente John Ruskin, declarando que la santidad de los lazos naturales estaba en su propia esencia. Sólo el amor hace legal al matrimonio y no el matrimonio al amor.

En Alemania se produjo en los comienzos del siglo XIX una viva discusión del problema del amor y del matrimonio, como consecuencia de la publicación de la *Lucinde*, de Friedrich Schlegel, y de *Las afinidades electivas*, de Geothe.

En su larga vida amorosa, sobre todo en sus relaciones con Charlotte Stein y Christiane Vulpius, con la que durante diez y ocho años vivió en libre "matrimonio de conciencia" y a cuyo hijo Augusto, nacido de este matrimonio mucho antes de legalizarlo, había adoptado, realizó Goethe más de una vez el ideal del amor libre. Y si en *Las afinidades electivas* hace triunfar al fin la idea moral del matrimonio monógamo como luminoso ideal de la civilización, punto de vista que compartimos, ha puesto de relieve, sin embargo, por los conflictos matrimoniales que presenta, lo penetrado que estaba de la importancia de una transformación más libre de la vida del amor. Al conde sobre todo es a quien hace decir lo que se piensa. Este personaje habla del proyecto de uno de sus amigos de que los matrimonios deberían contraerse sólo por cinco años. "Este bello número impar y sagrado es un espacio de tiempo suficiente para poderse conocer, tener un par de hijos y enemistarse, y, lo que es más hermoso de todo, reconciliarse de nuevo. "Generalmente exclamaba: "¡Qué feliz transcurriría esta primera etapa! Dos y tres años pasarían completamente dichosos; después, una de las dos partes, si no ambas, tendría interés en que las relaciones duraran más tiempo, y las amabilidades aumentarían a medida que se aproximase el término del plazo señalado. La parte indiferente y hasta descontenta se suavizaría por este procedimiento y lo aceptaría gustosa. Se olvidaría del tiempo por lo gratamente que transcurriría y se encontraría muy sorprendida, y muy agradablemente por cierto, cuando al llegar el término del plazo, viera que éste se había prolongado tácitamente." Este tácito y voluntario prolongamiento de una unión contraída por ambas partes, sin nada que coarte la libertad de éstas, es seguramente lo que hace que Goethe encontrara en la proposición citada "una gran y profunda importancia moral."

Los comentarios de Goethe deberían fijarse en que esta extraña proposición del matrimonio temporal por cinco años con tácita prolongación del tiempo fijado, es una antiquísima costumbre japonesa que por lo menos seguía subsistiendo hace unos cuarenta años."

Verdaderamente en la actualidad la única fórmula de matrimonio en el Japón es la del amor libre, ya que los contratos matrimoniales se efectúan por plazos muy cortos no mayores de cinco años. No obstante estos contratos pueden rescindirse cuando el marido lo estime oportuno ya que la casualidad que autoriza estas determinaciones ofrece aspectos abundantísimos que nosotros no podríamos comprender. Por ejemplo, una esposa japonesa que no se someta a los mandatos o simples indicaciones de la madre de su marido, puede enojar a éste hasta tal punto que en el plazo de veinticuatro horas haya conseguido el divorcio.

Hemos de tener en cuenta también que el papel de la mujer, al menos en el sentido tradicional de las costumbres del país, no pasa de ser el de mera administradora del hogar y madre de los hijos que surjan en el matrimonio. El japonés practica los placeres sexuales con su esposa como si fuese una función completamente mecánica y necesaria para la abundancia prestigiosa de la raza.

A pesar de esto, entre los modernos hijos del Imperio del Sol Naciente, la mujer va conquistando los derechos comunes a las occidentales en virtud de las propagandas feministas realizadas en el Japón por la literatura occidental que poco a poco va siendo justamente interpretada sin prestar demasiada sumisión a los remotos conceptos del papel de la mujer en la sociedad conyugal.

Un viejo moralista europeo, no cabe duda que tildaría de inmorales estas uniones, pero bien pronto se daría cuenta de la ligereza de su estimación si llegase a analizar honradamente cuál es la moral sexual japonesa y cuáles son sus indestructibles basamentos. Hasta los tiempos no muy lejanos en que los puertos japoneses permanecieron cerrados al tráfico occidental, y, por lo tanto, a las influencias de la civilización de Occidente, hubo una clase de prostitutas, la *geisha* que alcanzó en la literatura y el arte del pueblo japonés e incluso en su alma el prestigio de una institución inviolable.

Estas mujeres recibían una educación especialísima, y su misión consistía en hacer la felicidad extraconyugal de los austeros *daimios* y *samurayes* o sean las castas privilegiadas, los aristócratas, que se honraban mucho invitando a sus fiestas y sentando a sus mesas en unión de sus esposas legítimas a estas bellas mujeres galantes. Tal era la moral japonesa y tanta la sumisión de la esposa legítima a su esposo que una prueba demostrativa de su amor hacia él consistía en acompañarle en algunas ocasiones, como fiestas tradicionales, religiosas, etc., a visitar a la amante haciéndola objeto de atenciones

y regalos porque, si así era feliz el marido, ella, su esposa, estaba obligada a procurarle la máxima felicidad sin reparar en medios ni en prejuicios que en tal extraña moral no existen.

En la vida actual ya ha descendido un tanto la importancia social de la *geisha,* pero esto no obstante aún siguen siendo respetadas celebrándose en su honor diversas fiestas en las que armonizan íntimamente el amor, la belleza, la poesía y el arte.

Y no hemos de negar que esta civilización tan diferente de la nuestra sea perfectamente compatible con los fundamentos y expresiones de la moderna cultura.

A pesar de todo, cuando un matrimonio japonés ya tiene hijos el divorcio ocurre muy rara vez, aunque las relaciones sexuales extraconyugal del esposo sigan practicándose en el sentido tradicional. Lo que una mujer japonesa podría estimar como ofensa intolerable, sería que su marido mantuviese relaciones carnales con una mujer de condición social inferior, por ejemplo, una sirviente, una campesina o una pescadora.

Pese a la proximidad de China, cuyas ciudades del litoral están fuertemente influenciadas por la civilización japonesa, en esta gran República el amor ya no presenta los mismos caracteres de libertad que en el Japón. Un chino no puede permitirse el lujo de tener relaciones extraconyugales fuera de su domicilio. Con la "gran esposa", o sea la esposa legítima, conviven otras esposas secundarias que, aunque también pueden merecer la atención del esposo, se destinan más bien para satisfacer los deseos sexuales de los amigos e invitados a las fiestas que organizan los potentados chinos.

La gran esposa suele ser una mujer educadísima que ama a sus hijos y respeta a su marido hasta unos extremos inconcebibles para una europea. La sola sospecha de infidelidad que pudiera tener un marido chino acerca de su esposa, sería bastante para que ésta recurriese al suicidio como único medio demostrar la terrible ofensa inferida por la falsa acusación. Esta abnegación se da actualmente con bastante frecuencia entre las damas de la aristocracia china. (Lámina VI.)

En las razas humanas inferiores encontramos que la práctica del amor libre es tan remota que su origen se pierde en la noche de los tiempos, lo que nos da a entender una vez más que las restricciones impuestas por la civilización en la manifestación del instinto sexual no pueden estar más apartadas de las leyes de la Naturaleza.

En algunos pueblos, como entre los cafres, por ejemplo, la práctica del amor libre se inicia mucho antes de la pubertad pero ha de

terminar con el matrimonio. No importa que una mujer haya practicado un abundante comercio carnal, como ya hemos visto al tratar de este aspecto en los volúmenes anteriores, para que llegada la hora del matrimonio resulte una esposa honesta y fiel a su marido.

Entre esas tribus cafres que citamos, la llegada de la pubertad se celebra con grandes fiestas, siendo entonces la época preferida por estos salvajes para practicar el coito, ya que la congestión producida en los órganos genitales femeninos por la menstruación lleva consigo un aumento de temperatura que los voluptuosos cafres no desdeñan, advirtiendo, de paso, que la presencia del flujo menstrual no va nunca asociada con el temor de producir ni de experimentar asco, como sucede en otros pueblos y sobre todo entre los civilizados.

En las fiestas a que aludimos la joven cafre toma y da el placer a discreción, sin que se forme compromiso alguno, mientras no tenga hijos; en el caso contrario, el imprudente o el mal intencionado que haya cometido la torpeza de dejarla embarazada vendrá obligado a casarse con ella. La manera habitual de practicar el coito prematrimonial es verificarlo o mediante el roce del pene con la vulva o con intromisión pero eyaculando fuera. Esta vida disoluta que en el aspecto sexual llevan los cafres, no influye para nada en el vigor e inmejorable aspecto físico de esta raza. (Lámina VII.)

Claro es que estas prácticas sexuales en las que de antemano se excluía el ideal de la procreación no es posible admitirla más que en el concepto malthusiano, que, por cierto no puede admitirse en el amor libre. El amor libre, para ser admitido por los biólogos, y, por lo que aún es más importante por las leyes severas de la Naturaleza, debe, a mi juicio, llevar consigo la procreación, pero una procreación consciente regida por un serio control de la natalidad y hasta por las prescripciones utilísimas de la eugenesia.

En los últimos años y ante los indiscutiblemente magníficos resultados que la implantación del amor libre ha producido en Rusia, se han suscitado vivas polémicas con el fin de estructurar las pautas morales y legales por las que había de discurrir este resultado de la evolución de los tiempos. No sólo los biólogos y sociólogos se han ocupado de cuestión tan importante, sino que el problema ha merecido la atención de muy destacadas personalidades de la Iglesia cristiana.

No nos es posible, dada la índole de estos TEMAS, adentrarnos en la discusión sobre las ventajas e inconvenientes de las doctrinas expuestas en uno u otro sentido, y al objeto de hacer más

breve la exposición del caso resumiremos cuanto sea posible las opiniones ajenas y los comentarios propios a fin de que el lector pueda apercibirse en tal ligera ojeada de la esencia y base fundamental del problema. Hay que tener en cuenta que quienes más abiertamente han propagado el ideal del amor libre han sido los novelistas y, sobre todo, la inmortal Jorge Sand en su novela *Lelia y Jacques,* y la doctora Ellen Key.

PROYECTOS SOBRE EL AMOR LIBRE

Casamiento y matrimonio.—Monogamia y poligamia.—Las prostitutas, defensoras de las honestas.—La poligamia es un hecho.—El ideal comunista.—La Reforma, según Carpenter.—Lo que propone Ellen Key.—Un aspecto imposible.—Inmoralidades. "Cupo de natalidad".—Teoría inadmisible.—La separación, de hecho.—La libertad del amor.—La figura de Don Juan.

UN célebre poeta sueco, Almquist, que ha sido conceptuado como un poderoso campeón del amor libre, es autor de una novela titulada *Importa,* que vió la luz en muchos idiomas, en la cual defiende la tesis ya bien vulgarizada y que forzosamente ha de estar en el ánimo de todas las personas sensatas, de que el verdadero amor no necesita de santificación alguna por el casamiento, y que el casamiento, por el contrario, no hizo más que falsificar la esensia fundamental del matrimonio, puesto que ha santificado uniones falsas y declarado curas todas aquellas inspiradas en los más ruines motivos con tal de que recibieran la sanción de la Iglesia, declarando, en cambio, infame, a la unión de dos seres que se profesan verdadero cariño y amor si no iba precedida de la ceremonia religiosa.

Esta novela que no conozco traducida al español ni al portugués, debiera servir de base para la redacción de una especie de Tratado del amor conyugal o de la perfección sexual en el matrimonio pero, en matrimonio libre, un ayuntamiento recíprocamente voluntario y sin la ingerencia del más mínimo motivo capaz de tarar la pureza absoluta del enunciado.

Schopenhauer, en su célebre libro titulado *De las mujeres,* defendió el amor libre en pugna constante con las teorías de sus detractores incapaces de sacudirse el yugo de la moral arcaica. Pese a los puntos de vista que sostenía el célebre filósofo en su apreciación del sexo femenino, escribe: "Mientras que en los pueblos polígamos todas las mujeres encuentran acomodo, en los monógamos es limitado el

número de las casadas, y queda un sinnúmero de mujeres careciendo de todo apoyo, que en las clases elevadas vegetan como inútiles solteronas y en las bajas sometidas a duros trabajos inapropiados, o se convierten en rameras, que llevan una vida tan desolada como deshonrosa, que en estas circunstancias son necesarias para la satisfacción de los deseos lúbricos del sexo masculino, y, por lo tanto, llegan a tener un estado civil públicamente reconocido, cuyo fin es el evitar que otras mujeres favorecidas por la fortuna, que les deparó un marido o que esperan tenerlo, se vean expuestas a ser seducidas."

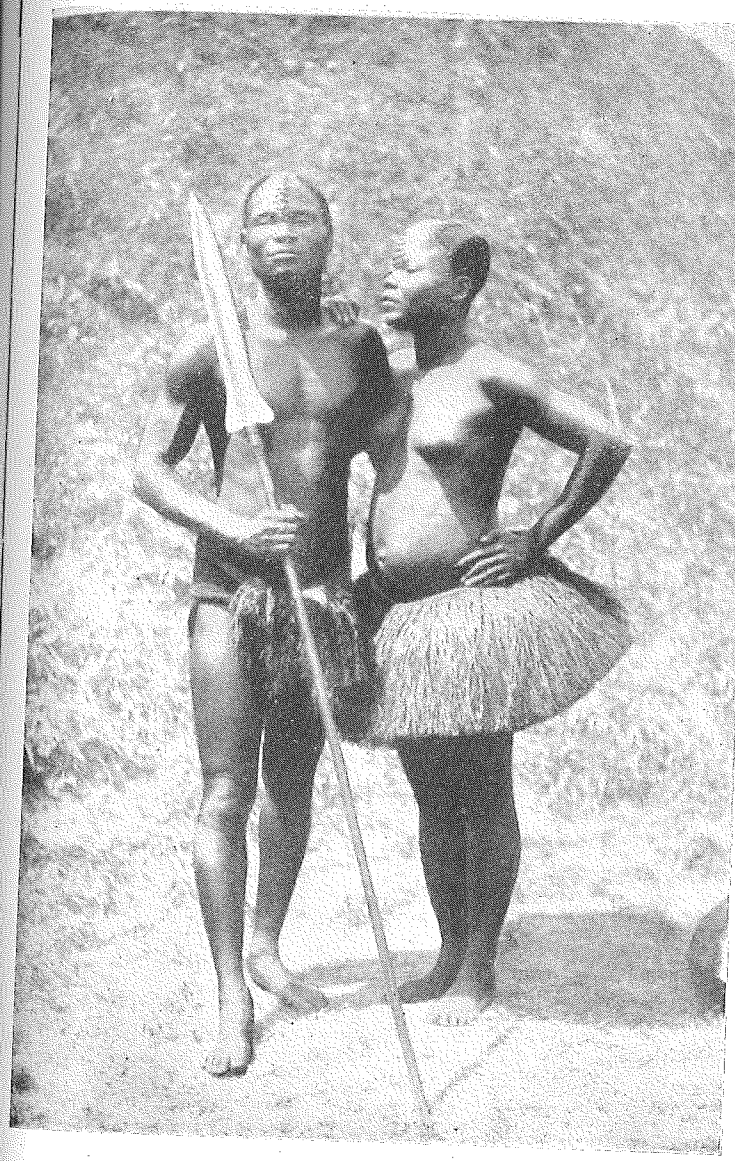
Hay que reconocer que el célebre filósofo emitió esta opinión hace ya muchos años sin olvidar que lo hacía desde el punto de vista de su misoginia (aversión a las mujeres) y el de la doble moral sexual. Si se ocupaba de la mujer era sólo en el aspecto que más pudiese evidenciar, no digamos sus defectos, pero sí sus desventuras.

Como consecuencia del sentido del matrimonio tradicional decía que había millares de mujeres expuestas a la prostitución puesto que habían sido sacrificadas en aras de la monogamia. Actualmente la decadencia de la prostitución es un hecho indiscutible, y esto porque ya no es necesario "que las rameras formen en derredor de las honestas doncellas un cordón de defensa contra su virginidad".

Se ha dicho siempre que la pureza y el honor de las mujeres decentes se debía, en gran parte, a la deshonra y a los encantos de las que cayeron. Pero si la moral burguesa tiene aristas y ángulos que merecen ser limados, esa apreciación demagógica también ha de parecernos una sandez inadmisible. La prostitución, que ya estudiaremos detenidamente, no es una plaga traída a la sociedad por el capitalismo: sus causas necesitan de un análisis más sereno para ser expuestas en justicia al criterio de las gentes.

Si antes las rameras formaron ese cordón de defensa contra la virginidad de las honestas, ahora las "honestas", en correspondencia injusta, no cabe duda que poco a poco van invadiendo aquel terreno que no era el suyo, aunque debiera serlo, no en una expresión sincera y útil del amor libre, sino del libertinaje, que no es lo mismo.

Schopenhauer arremete contra la monogamia con un ardor digno de mejor causa, porque la monogamia, de hecho, no es más que una utopía. A raíz de la gran contienda universal de 1914-18, en Alemania llegó a pensarse en serio en la posibilidad de que un hombre pudiera convertir, legalmente, su hogar en un serrallo: las necesidades del Estado reclamaban hombres. Pero... ¿y la moral de tantos siglos? No obstante, algo parecido a esto, el concubinato, existió en los pue-



PAREJA CAFRE.
Estos salvajes practican el amor libre desde la edad más tierna, pero evitando la fecundación, pues en caso contrario, el "castigo" es el matrimonio.

LAMINA VII



A. Novia rusa.



B. Aldeana rusa.

Antes, bajo el yugo del capitalismo, la mujer rusa no era más que un objeto de utilidad poco mayor que la de una bestia, sin libertad, sin derechos y expuesta a los brutales caprichos del marido o del suegro, amo y señor. Ahora, en el régimen soviético, la mujer rusa ha llegado al pleno goce de todos los derechos ciudadanos, sin diferenciarse del hombre más que por el sexo. Una legislación meditada y austera ha hecho del amor libre la institución más moral y firme que pudo soñarse, acabando, de paso, con la inhumana y vergonzosa prostitución.

LAMINA VIII

los teutones hasta la reforma de Lutero como una institución permitida y nada deshonrosa, y hasta cierto punto reconocida legalmente.

Coincide Bloch con el filósofo mi[illegible]ino cuando dice que la poligamia no debe discutirse, sino aceptarse como un hecho consumado, que únicamente hay necesidad de regular, ya que la verdadera monogamia no existe. Y es evidente que el hombre vive la mayor parte de su existencia sexual usando de cuantas mujeres puede o le permiten sus circunstancias económicas o sentimentales. Pero entonces, legalizando este comercio, lo menos a que debe de obligarse al hombre es a subvenir a las necesidades de ellas y de la prole resultante.

Tal es punto cardinal del Estado. Ahora bien, si ese Estado es, según las orientaciones imperialistas de los pueblos, quien ha de beneficiarse de los productos naturales, ¿no es lícito que se encargue de aquello que parece obligación del polígamo?...

Charles Albert, allá por los comienzos del siglo, trató el problema desde el punto de vista comunista en su obra *L'amour libre*. Pese a su concepto radical de la reforma de las instituciones sexuales, sostenía lo que tantas veces hemos visto escrito, como si ya no hubiese posibilidad de emitir ideas más originales: que "el amor libre es sencillamente el amor libertado del yugo del Estado y del capital; por eso no podrá ser una realidad más que por una revolución económica que ponga término a la lucha por la existencia. El amor libre es la independencia de la vida sexual de la materia, y la reforma económica el único camino que conduce al amor superior".

Por el mismo tiempo, Ladislao Gumplowicz afirmó que el amor libre sólo podría existir en una sociedad colectivista, puesto que la condición previa de la fórmula estaba en la igualación completa del marido y la mujer.

Naturalmente, esa igualación sólo era posible conseguirla por medio del comunismo, es decir, por el orden social que excluye la propiedad y el salario, llegando a ser del dominio común tanto los medios de producción como todos los artículos de consumo, dejando la mujer de ser una "mercancía" para convertirse en un elemento de producción como el hombre.

Pero este ideal comunista, ¿es posible obtenerlo en tan radical concepto como el enunciado? En Rusia, a pesar de todo, y como veremos más adelante y con meditada y extensa documentación en otro volumen, las cosas no han sucedido de esa manera. Pero es que aún se pretende ir más lejos: Riazanov, aludiendo a las teorías de Marx y Engels, dice que algunos comunistas alemanes, a quienes

Marx clasificaría entre los partidarios de un comunismo "grosero" y "rudo", han criticado vivamente las leyes que rigen en Rusia para regular las relaciones sexuales y el matrimonio.

Estos alemanes, cuya vida sexual ha evolucionado en unos términos que contrastan rudamente con la moral de hace no muchos años, prometen que cuando el comunismo se practique en Alemania sus legisladores perfeccionarán lo que han hecho sus colegas rusos, "que no se han mostrado bastante radicales".

Al final del presente TEMA ya haremos una recopilación de datos que nos permitan hablar del problema del amor libre en Rusia con verdadero conocimiento de causa, lo que, infortunadamente, hasta ahora no lo han hecho todos los tratadistas.

No han sido pocos los proyectos divulgados para la reforma de la institución matrimonial en un sentido de plena libertad y de absoluta consciencia. El reverendo pastor de la iglesia Anglicana Eduard Carpenter y la doctora sueca Ellen Key manifestaron que por encima del aspecto económico de las relaciones sexuales, factor de gran influencia sin duda, había que considerar otros factores de tanto interés como los psicológicos e individuales de los dos sexos.

Las condiciones esenciales que a juicio de Carpenter habían de servir de punto de partida para una reforma adecuada del amor y del matrimonio, eran, a su juicio, las siguientes: primera, la necesidad de la libertad e independencia de las mujeres, y ello como base fundamental de toda la revolución del método; segunda, la institución de una enseñanza razonada del amor para el entendimiento y el corazón de los jóvenes de ambos sexos; tercera, el reconocimiento de un compañerismo o camaradería más libre y menos tímido y exclusivamente apoyado en las relaciones matrimoniales, y cuarta, la abolición o variación radical de las leyes actuales tan detestables "que del modo más despiadado ligan para toda la vida a dos seres aunque su unión sea antinatural y desdichada".

Opina el sabio pastor anglicano que el matrimonio terminará por convertirse en una fórmula simple de unión monógama que se realizará libremente disolviéndose de idéntica manera, si es preciso, como ya ocurre en diversos países europeos.

En este caso, el papel de la sociedad y del Estado se limitará a ejercer una intervención indispensable encaminada a asegurar la existencia de los hijos, hacia los que los padres, naturalmente, tendrán derechos y también obligaciones. En este caso, la intervención del Estado y de la sociedad debe manifestarse con la suficiente energía, para

que los hijos de los matrimonios desgraciados no reciban el mal ejemplo que se deriva de las acritudes y desavenencias desmoralizadoras de los cónyuges.

Si las teorías de Carpenter causaron verdadera sensación en los medios intelectuales del orbe entero, los ensayos de Ellen Key sobrepasaron en interés a las afirmaciones del teólogo inglés. En principio, las consideraciones morales que ambos hacían del problema, pudieran estimarse como identificadas y fundadas en sentimientos comunes.

Es cierto que la escritora sueca parte del punto de vista de un idealismo acendrado, aunque con la particularidad de que se funda en hechos reales de fácil demostración. Habla de la individualización e incrementación espiritual del amor, o sea la "sensualidad espiritual", que tiene un carácter especial en cada individuo. Llama a este nuevo amor moderno "monismo erótico", en virtud de que abarca toda la personalidad única y también el ser espiritual, y no sólo el cuerpo. O sea, como dijo Jorge Sand, que "ni el alma engaña a los sentidos, ni los sentidos al alma".

Ahora bien: a mi juicio, la sabia tratadista quiere ir tan lejos en su bella utopía, que ya prescinde un tanto de la influencia poderosa de factores insuperables, cuales son los del instinto sexual, al que siempre es preciso tener muy en cuenta. Este instinto es al individuo como el abono a la tierra que se pretende fertilizar: si el abono es muy fuerte y muy rico en elementos químicos u orgánicos, las semillas que en él pretendamos desarrollar no han de ser tan débiles que, lejos de germinar, sean abrasadas por la fuerza poderosa del elemento fecundador.

Digo esto, porque Ellen Key me parece que pretende un imposible o se basa en una pretensión falsa—biológicamente inadmisible—, cuando insiste en la necesidad del dominio sobre sí mismo y en la abstinencia sexual, por lo menos hasta los veinticinco años en el hombre, y los veinte en la mujer.

Desde el punto de vista espiritual, acaso la teoría resultase medianamente admisible, ya que en personas de constitución normal, aunque se trate de imaginativos, es muy difícil establecer la separación entre el espíritu y el sexo y tener completamente aislados durante mucho tiempo a tan poderosos elementos. Además, en el volumen XIV de estos TEMAS, titulado *La abstinencia y la moral,* veremos cuán difícil es practicar la abstinencia sexual, y, en todo caso, los peligros

que se derivan de esta oposición a los mandatos biológicos de la Naturaleza.

Si fuera posible por algún medio, divino o humano, lograr que, por lo menos, el hombre no pudiese tener noción de su sexualidad hasta la edad que Ellen Key señala como límite prudente, ¿cómo es posible que poseyese esa pericia experimental que, aparte idealismos e interpretaciones sentimentales, hemos de estimar tan necesaria para el sostenimiento de una sexualidad armónica, floreciente y duradera?...

No es posible, en las condiciones de la vida actual, hacer practicable un ideal de esa naturaleza. Un hombre a los veinticinco años, necesariamente ha de haber experimentado irrefrenables deseos sexuales, que si no los satisface normalmente, será malo; pero si acude a los recursos del autoerotismo, acaso llegue a ser peor. Por otra parte, en la práctica del amor libre que Ellen Key admite, ¿no es digno de tenerse en cuenta el importantísimo factor del ejemplo? Hemos de comprender que la sexualidad no reconoce obstáculos en las barreras de carácter económico, y éstas, para el ejercicio del amor libre, no han de ser muy notables, puesto que se tiende a anularlas, hasta cierto punto. Hoy el hombre antes de los veinte años, perfectamente apto para la reproducción, suele estar en condiciones económicas suficientes para enfrentarse con la responsabilidad que el sostenimiento de un hogar requiere, y la mujer, en su papel secundario en el aspecto económico de la cuestión, bien poco es lo que le queda por hacer, aparte de las atenciones que naturalmente está obligada a prestar a la vida conyugal.

Admitiendo de lleno las teorías de la autora sueca, nos encontraríamos con el hecho indubitado de que el hombre habría de satisfacer sus necesidades sexuales, o por medio de la prostitución, o valiéndose de la moderna orientación de las jóvenes completamente ahitas de una castidad inaguantable. Sin darnos cuenta, al traer el problema al terreno que se enuncia, nos hallaríamos de nuevo ante los mismos prejuicios, dificultades y trabas que ofrecía la moral sexual de los buenos tiempos que invocan los moralistas recalcitrantes.

Si es cierto que el dominio sobre sí mismo es el método más adecuado para el desarrollo individual y hasta para templar la voluntad en la forja de las más férreas disciplinas, en materia del sexo no es posible aplicar con eficiencia estas leyes tan útiles. Eso de "poder esperar en amor", como dice Ellen Key, puede, acaso, darse con algún éxito en el temperamento femenino. Pero si tenemos presente que las excitaciones en que la vida de hoy es tan pródiga resultan

incompatibles con un sentimentalismo excesivo, o, por lo menos, como el que dicha autora propone, todo ello no pasará de ser una estimación demasiado convencional que escapa por puntos infinitos al imperio de la realidad.

No obstante, la letra del proyecto que para la reforma del matrimonio propone, es muy digna de tenerse en cuenta, aunque en algunos puntos pueden advertirse determinadas contradicciones. Como inmoralidades, reputa las siguientes:

"Toda paternidad sin amor.

Toda paternidad irresponsable.

Toda paternidad de individuos no desarrollados o degenerados.

Toda esterilidad voluntaria de los esposos aptos para cumplir con los deberes sexuales.

Todas las manifestaciones de la vida de los sexos que muestren violencia o seducción, incapacidad o aversión a cumplir bien el deber sexual."

Si fuera posible contar de antemano con esa perfección idealista, el resultado de este progresivo ennoblecimiento a que Ellen Key aspira sería que todos los seres humanos lograsen la máxima aptitud para las funciones de la reproducción de la especie. No cabe duda que, entonces, el ideal de la verdadera monogamia sería una realidad palpable. Ahora bien, para alcanzar ese perfeccionamiento, prescinde la autora de un hecho importantísimo: Antes sería necesario, no sólo hallar los medios científicos eficaces para elegir el sexo de lo que hubiera de nacer, sino que, además, la sociedad y el Estado, éste principalmente, tendría que formar el "Cupo de Natalidad", especificando cuántos hijos varones y cuántos hembras habrían de parir al año las mujeres, con objeto de que las familias se acoplasen exactamente a las necesidades del país en la producción de instrumentos estatales. De otra forma, al exceder el número de individuos de un sexo al de otro, volveríamos a las andadas; esto es, a la poligamia forzosa o a la inevitable poliandria.

Dice Iwan Bloch que "del matrimonio del porvenir hay que descartar ante todo la cuestión económica, a la que por la ley se subordina la condición de la mujer. Esta—añade—debe disponer de su propiedad y de sus ganancias y cuidarse de sí misma en la medida que lo consientan sus deberes de madre; pero también debe tener derecho a *que la sociedad se ocupe de cada uno de sus hijos durante sus primeros años,* y precisamente con estas condiciones:

La mujer tiene que ser mayor de edad.

Tiene que haber hecho su "servicio militar femenino" durante un año, dedicado al cuidado de niños, a la higiene en general y, a ser posible, aprendiendo a cuidar a los enfermos.

Debe ocuparse ella misma de su hijo o procurarle cuidados ajenos de los que se pueda fiar.

Tiene que aducir pruebas de que no posee suficiente fortuna o sueldo o jornal bastante para sufragar los gastos de su propio sostenimiento y la mitad de los del hijo, o de que los cuidados que exige la criatura le impiden el dedicarse a su profesión.

Sólo en casos excepcionales podrá seguirse abonando este auxilio a la maternidad, después de transcurridos los tres primeros años, los más importantes de la vida del niño, etc."

El tratadista se extiende en consideraciones muy atinadas, no obstante susceptibles algunas de ser discutidas, aunque nos mostremos de acuerdo en la generalidad de sus puntos de vista. Más adelante nos ocuparemos de cuanto se refiere a la maternidad en el sentido de la más moderna interpretación de este complejo de deberes y derechos de la mujer (1).

Ellen Key estima que es necesario abolir la imposición a los esposos para que vivan juntos y, al efecto, hace las consideraciones que siguen:

"Hay naturalezas que se habrían amado toda la vida si no se hubieran visto obligadas día por día y año tras año a amoldar sus costumbres, voluntad, gusto e inclinaciones a los de otro. Sí: cuantas desgraciadas malas inteligencias han provenido de meras banalidades que un par de personas dotadas de previsión y clara mirada habrían despreciado, si el instinto de la felicidad no se hubiera dejado influir por las acostumbradas consideraciones de incompatibilidad de opiniones. Mientras más libertad personal haya tenido la mujer (¡o el hombre!) antes del matrimonio, tanto más sufrirá (o él) por no tener quizá en su hogar una hora libre o un rincón en el que tenga la seguridad de que nadie ha de ir a molestarla, porque a medida que el hombre moderno incrementa su libertad individual de movimiento, tanto más aumenta también su necesidad de soledad en otro sentido, y

(1) Véase el volumen XVIII de estos TEMAS SEXUALES titulado "Maternidad", donde el autor expone las más modernas teorías respecto del derecho de la mujer a ser madre, sin amor, dentro o fuera del matrimonio.—(Nota del editor.)

lo mismo la necesitarán también la mujer y el marido en el matrimonio...

Pero hoy día se ven obligados los esposos, por la ley y por la costumbre, a una vida en común que a veces termina haciendo que se separen para siempre, sólo porque los respetos sociales les impidieron vivir separados.

También para otros que no acaben de ser de los mismos gustos pueden ser abrumadoras las circunstancias al obligarles a una estrecha dependencia, a tener que amoldarse a las costumbres del otro y a las constantes consideraciones que han de guardarse mutuamente. Uno, por ejemplo, se va de viaje únicamente cuando siente la necesidad de estar solo; otro, visita las diversiones que su cónyuge no aprecia, o va en busca de placeres a los que antes se resistió y que desaconsejaba a sus conocidos. Cada día es mayor el número de casados que quieren tener el dormitorio aparte, y nada de extraño tendría que la nueva generación no se extrañara nada de que los cónyuges tuvieran domicilios separados."

Yo no encuentro grandes inconvenientes en la fórmula actual de que los esposos hayan de hacer la vida en común, y estimo inadmisible de todo punto la posibilidad de que se llegue incluso a la separación de domicilio. Prescindiendo de consideraciones morales por ahora, aunque a este aspecto nos referimos después, hay que tener en cuenta que el sistema de separación llevado a este extremo no tan sólo es antinatural, sino que es preciso estimarlo antieconómico, puesto que supondría tanto como dedicar un gran volumen de atención a los problemas naturales de dos hogares distintos. La mujer, desde el punto de vista de la vida doméstica, es cierto que para nada necesita del hombre y, más aún, hasta diríamos que la presencia del marido pudiera a veces ser inoportuna, puesto que un exceso de amabilidades dedicadas constantemente a la mujer pudieran traducirse, por un lado, en el entorpecimiento de las faenas domésticas o de la dirección del hogar, que ella debe llevar casi exclusivamente, y por otro, que esta asiduidad incesante puede significar en el ánimo de la mujer un motivo de hastío que llegaría a extremos peligrosos para el buen equilibrio conyugal.

Dando por admitido el hecho de que el matrimonio efectuado por la fórmula del amor libre equivale a la identificación absoluta y en todos los órdenes de ambos amantes, es lógico suponer que ambos deseen más estar unidos que separados, no digamos ya por una calle, sino sólo por un tabique. Cuando después de una larga práctica con-

yugal surgen esas pequeñas tempestades en la calma del matrimonio, es cuando estimo oportuno recurrir a un tratamiento prudente, en cuyo caso, no el instinto sexual, sino esa misma libertad de que ambos cónyuges gozan, ya es bastante para aconsejarles cuál debe ser el plan de conducta a seguir antes de llegar al caso de la incompatibilidad de caracteres, de gustos o de inclinaciones que, de todas formas, y en su aspecto más grave, se resolvería de acuerdo con los dictados de esa misma libertad que presidieron en la elección y en el ayuntamiento: esto es, la separación.

No obstante, aún en el supuesto de que la separación se hubiese producido por esas notables diferencias que resultan más acentuadas cuando los conflictos se juzgan sin el control de la serenidad, cuando los cónyuges representan una atracción recíproca, psicológica o física, nada tendría de extraño que la reconciliación se hiciera, y entonces es lo más seguro que descubriesen en esta segunda parte de su amor motivos inéditos que servirían para consolidar el significado de esta especie de comunismo celular.

Las querellas de los enamorados, hayan o no consumado el acto carnal, cuando la fórmula de la unión depende exclusivamente del anhelo de las conciencias, puede decirse que son insignificantes y que siempre dan lugar a reconciliaciones más sabrosas que los más vivos transportes de cariño anteriores representaron para ambos. Claro es que si los motivos de esas diferencias son bastantes para por que por sí solos puedan justificar una absoluta separación, cuando al cabo de algún tiempo, que en todo caso fijarían las leyes la reunión de los amantes no fuese espontánea, sería llegado el momento de formalizar la separación definitiva, recobrando cada uno su libertad para poder practicar otro nuevo comercio carnal legítimo.

Estimo que el hecho de empezar la vida matrimonial a base de la separación de domicilios equivale a tanto como a quererse curar en salud. En el orden moral, aunque en nuestras ideas particulares tengamos la convicción de que son radicales no estimándonos nada sospechoso a este respecto, el matrimonio libre, expresado según la propuesta de Ellen Key, se diferenciaría bien poco de lo que los franceses llaman *liaison*, los portugueses *arranjo*, y, en el castizo idioma cervantino *lío*. La diferenciación en el aspecto externo no sería ninguna. Más, por otra parte, creo que hemos entablado una discusión estéril e inadecuada, puesto que en las modernas condiciones de la vida actual la separación de "domicilios" existe de hecho, si tenemos en cuenta que el marido y algunas veces la mujer también han de

trabajar durante ocho horas fuera del domicilio conyugal, y, por lo tanto, separados.

Como segunda parte de esta cuestión hemos de tener en cuenta la presencia de los hijos, que suelen ser la consecuencia natural y, además, una finalidad lógica del amor libre.

En el aspecto de la libertad personal la citada tratadista sueca incluye también la posibilidad de un matrimonio secreto eventual por motivos que obliguen a ello, y, además, la reforma del procedimiento del divorcio, que hoy día da lugar a prácticas tan odiosas entre los tribunales de justicia como son las declaraciones de testigos de prueba para el adulterio o las declaraciones acerca de la negativa a cumplir los deberes conyugales o referentes a su abuso o al malévolo abandono del domicilio conyugal de una de las partes, etc.

También recomienda muy severas leyes que castiguen la seducción y abandono de muchachas menores por hombres sin conciencia y que la transmisión consciente de una enfermedad contagiosa por el comercio carnal lleve consigo, por lo menos, seis meses de cárcel. La ley, en principio, deberá apoyar a la parte más débil, ante todo a los hijos, y, en la mayor parte de los casos a la mujer.

Dice Iwan Bloch que después de haber analizado con toda detención la obra escrita por Ellen Key llega a la conclusión de que por nadie más se han tratado tan claramente los puntos de vista para poder juzgar del amor libre, gracias a una rica experiencia de la vida y a un admirable conocimiento psicológico del hombre, apareados con fina comprensión y con las más sutiles sensaciones e impulsos de un alma muy amante. Dice también que el libro de la citada autora titulado *Del amor y del matrimonio*, es lo que ha servido en Alemania de verdadero punto de partida de todas las aspiraciones para la reforma de la moral sexual. Insiste en que tal obra es la declaración de los derechos humanos en las cuestiones del amor, es el evangelio para todos aquellos que traten de armonizar el amor con todos los cambios y progresos del desarrollo de la cultura, a fin de no mantenerlo violentamente en estados que hace cien o doscientos años habrían podido tolerarse, pero hoy día no, por ser innegablemente enemigos de la civilización.

No está de más advertir que Ellen Key se cuidó muy mucho en este libro como en todas sus demás obras acerca de tan interesante tema, de distinguir y separar los enunciados "libertad del amor" y "amor libre", considerando al primero como una estructura moral y al último como la "fórmula de toda clase de licencias eróticas".

El ilustre catedrático español Luis Jiménez de Asúa, uno de los criminalistas más célebres, inteligentes y audaces de la actualidad en sus notables ensayos titulados *Libertad de amar y derecho a morir,* refiriéndose a este problema dice que "el casamiento intervenido por el Estado terminará periclitando y será reemplazado por uniones libres, regladas tan sólo por la conciencia individual de la pareja".

Con relación al verdadero concepto de la libertad de amar, agrega: "Soy partidario de la *libertad del amor*. Para quien conozca medianamente la historia de las ideas sociológicas y filosóficas la frase es suficientemente expresiva. Pero los interesados en originar confusiones hacen creer que el amor libre es el libertinaje sexual más desenfrenado, la poligamia y poliandria sueltas, el comunismo amoroso en su vértice más repugnante."

"Aspiro, dice, a las *uniones libres,* que no sólo se compatibilizan con la monogamia y la perpetuidad, sino que hallan en ella su fórmula más noble. Debemos pretender en la vida muy pocos amores, uno solo si es posible, pero intensamente sentido y libremente practicado.

La *libertad de amar* significa que los Estados no tienen para qué mezclarse en los sentimientos y emociones espirituales de los humanos. La amistad entre personas del mismo sexo o de naturaleza heterosexual tiende entre los individuos lazos que a veces son eternos, crea deberes que se cumplen sin coacciones legales y es fontana de abnegados episodios. El Estado no regula las amistades ni prescribe la perfección de un contrato para que dos hombres se sientan unidos por simpatía recíproca. Cuando un varón o una hembra deciden vivir juntos, constituir un hogar y llamarse matrimonio, ¿por qué precisan otras ceremonias externas que empequeñecen la mutua confianza y ponen una amenaza indisoluble a su promesa? ¿Qué le importa al Estado lo que hagan dos súbditos conscientes en la esfera íntima de sus sentimientos?

El problema surge cuando nacen hijos. Un tercer ser aparece en la vida, y al Derecho le interesa entonces garantizar su existencia y asegurar sus facultades. La ley debe protegerle, definiendo las obligaciones de sus progenitores. A mi juicio, el Derecho de familia debe cancelar su sector conyugal y, en cambio, extender el área jurídica de la paternidad y filiación.

Algunos objetarán que esta fórmula de amor libre favorecería el donjuanismo y perjudicaría a la mujer, que podía ser burlada en su buena fe por hombres sin escrúpulos. ¿Pero es que hoy no caen engañadas centenares de hembras? Algunos exaltados comunistas, como Jorge Quartara, entienden, por el contrario, que la libertad de amar es la sola garantía para la igualdad de los sexos, y que la abolición del matrimonio actual es el único remedio para que se reforme el estado presente de "libertad anárquica sexual del hombre y de una esclavitud sexual completa de la mujer". El autor quiere que resucite el patriarcado.

Por otra parte conviene subrayar que el amor libre y Don Juan son incompatibles. Con frases encendidas lo escribe Francisco Agustín: "Hay seres tan estólidos que todavía ven en Don Juan la personificación del amor libre. Los que así creen, ya en instintivo o ya en seudoculto, son, con las menegildas, los que más se entusiasman con la representación escénica de Don Juan. ¡Como si la libertad en el amor tuviera algo que ver con la sensualidad aciaga y fatídica de Don Juan! Esta concepción del amor libre es tan inocente y perjudicial como esa otra que trata de justificar la promiscuidad sexual. Esta promiscuidad es hija, como Don Juan, del poder abusivo del Estado y del capital. Don Juan conquista con el oro y con la coacción sugestiva del Poder. Por eso todo hombre sincero, idealista y lógico tiene que reconocer que sólo una revolución económica que aligere la lucha por la existencia y suprima el yugo del Estado y del capital podrá contribuir a la realización del *amor libre,* a la unión de dos seres, mediante espontáneo consciente y delirante anhelo de amar."

Como siento en mis pulsos latir más tensamente que en los puños rusos la sensibilidad liberal, no repudio la ceremonia religiosa como prueba de la coyunda. Sólo subrayo que no deben confundirse la esfera jurídica y la eclesiástica. Nada de coacciones ni de jueces sacerdotales para entender de los asuntos propios del matrimonio. Si la unión religiosa es un sacramento, que los católicos los practiquen como cumplen los restantes, sin el respaldo oficial de las leyes terrenas, y sin otras constricciones que las impuestas por su fe. Los Códigos civiles no nutren de efectos jurídicos el bautismo y la comunión, verbigracia, y tampoco deben considerar con trascendencia jurídica el matrimonio canónico.

En suma, mi fórmula es esta: libertad de amar para todo ser humano, y matrimonio religioso para los fieles de la Iglesia que deseen contraerlo, sin más efecto jurídico que el de constituir una prueba utilizable por los descendientes para hacer valer sus derechos, de igual entidad que el de los restantes medios de probanza: confesión, notoriedad de la vida común, etc. Sólo me resta afirmar que la unión libre o el matrimonio ceremonioso deben ser tempranos, aunque no

prematuros, y que los católicos harán bien en proscribir los enlaces aconsejados desde la rejilla del confesionario."

Y después de resumidas y comentadas las más notables opiniones expuestas con relación al amor libre, veamos ahora cuáles son otros aspectos que no por haber sido menos estudiados dejan de ser interesantes.

LIBERTINAJE SEXUAL

No es lo mismo "amor libre" que "libertinaje".—Su origen.—Decadencia de la prostitución.—Espectáculos modernos.—Las enfermedades sexuales.—Lo que se entiende por "juerga".—Sus resultados. Niños y niñas precoces.—Influencia del medio ambiente.—Características del "lío".—Embarazo inesperado.—Principios de amor libre.—El amor en Rusia.—La antigua situación de la mujer rusa.—La protección a los hijos.—Muerte de la prostitución.

Los detractores furibundos de la nueva moral sexual que condenan con tanta acritud como entusiasmo los nobles enunciados del amor libre, no se resignan a abandonar sus puntos de vista y sus ataques impremeditados y violentos tienden a demostrar que "amor libre" y "libertinaje" son sinónimo: y nada más disparatado ni que menos encaje en el marco de la realidad.

Como hemos visto, el amor libre reconoce leyes y pautas de una moral natural perfectamente noble y completamente austera, puesto que en esa libertad recíproca de los cónyuges existe la garantía más eficiente para la duración del convenio y el cuidado de la descendencia.

Pero en el libertinaje no sucede lo mismo: en este aspecto apenas si se observan otras prescripciones que las que emanan, por un lado de los reglamentos de Policía y por otro de las autoridades sanitarias, que apenas pueden ir más allá en su cometido de los límites estrechos de la salubridad de los cuerpos, porque no está dentro de sus atributos el control de las almas.

Demostrada la realidad de estos hechos para un ser inteligente y medianamente comprensivo no sería preciso aducir otros razonamientos para darse cuenta exacta del valor inconfundible de la diferenciación. Pero esto no obstante, con el fin de aclarar conceptos y definir los puntos de vista en que se basan fórmulas tan antagónicas y en nada parecidas, hemos de analizar con cierto detenimiento los más crudos aspectos del libertinaje sexual, en la seguridad absoluta

de que quien medite sobre nuestros razonamientos llegará a comprender fácilmente que no es posible, en manera alga, confundir enunciados tan dispares.

El amor libre no sólo crea el hogar, sino que le ennoblece y le purifica; si comparamos esta fórmula con aquella en que se basa el matrimonio tradicional con toda su secuela de procedimientos confesionales, de imposiciones teológicas y de refrendos jurídicos, veremos que todas estas trabas que contribuyen a la indisolubilidad del vínculo son necesarias para hacer perdurable la unión sin tener en cuenta para nada la mutabilidad del alma humana. Pero estos cánones que obligan a los seres a una perdurabilidad arbitraria e inmoral, no en sus relaciones conyugales, sino en las manifestaciones y demostraciones de su aversión o su odio, ¿no son más inmorales infinitamente que las uniones que ellos mismos estiman ilícitas?

De aquí nace, aunque no lo parezca, la principal predisposición para el libertinaje. El hombre o la mujer que experimentaron el fracaso de su vida matrimonial, mientras el vínculo no pueda ser disuelto tan cómoda y fácilmente como se constituyó, han de buscar por fuerza la satisfacción de sus deseos fuera del matrimonio, donde seguramente hallarán aquello que una moral incomprensible y brutal les niega, con arreglo a sus códigos.

Todo esto da lugar a esa grosera promiscuidad sexual que se observa en casi todas las uniones consideradas como legítimas, pero que no han sido fundamentalmente legítimas por el amor.

Bloch dice que, a pesar de sus entusiasmos por el amor libre, esto es, por el amor íntimo, por la armonía personal y las afinidades espirituales electivas y por la recíproca y libre decisión de unión sexual, después de haber aceptado todas sus obligaciones y la seguridad de estar sanos ambos contrayentes, por eso condena principalmente, no sólo desde el punto de vista del médico y de la higiene pública, sino también por motivos éticos, el comercio irregular de los dos sexos, al que para diferenciarlo del amor libre fuera del matrimonio propone que se denomine "amor brutal".

Son infinitas las consideraciones que en el aspecto higiénico del problema ha de hacerse el médico para, al final de la jornada, emitir una rotunda y vehemente negativa a quienes sostienen la utilidad relativa de la prostitución pública o "discreta". A este respecto dice un tratadista que este amor es el verdadero cáncer de nuestra sociedad, porque su característica principal es que lleva consigo la constante unión y relación entre el comercio sexual ético e higiénico libre de

prejuicios y la prostitución, y, por lo tanto, encierra el constante peligro de contagiar al primero de todos los peligros de ésta.

Este libertinaje sexual no cabe duda que puede refutarse como uno de los productos más destacados de la civilización de nuestro tiempo, con la particularidad de que las estadísticas de la prostitución arrojan cada año menor número de mujeres entregadas a este comercio, que unos legisladores inhumanos e inmorales han hecho completamente lícito y protegido. Es protegido el comercio, pero no así la mercancía, ni tampoco hay garantías para avalar los "resultados" de las transacciones desde el punto de vista médico.

Actualmente, repetimos, la prostituta tiende a emanciparse, dedicándose a profesiones más lucrativas y menos peligrosas, puesto que no pueden hacer frente a la relativa competencia que significa la rebeldía sexual de la moderna juventud.

Que la vida marcha deprisa, no cabe duda. El ansia de placeres, el afán de enjugar en el deleite las amarguras que produce una obligada e intensa actividad impuesta por los imperativos de orden económico se traduce en ese afán de compensación que tanto afecta al hombre como a la mujer. No hay duda tampoco que esas trabas y dificultades impuestas por la moral para los ayuntamientos carnales lícitos, aunque no sea más que desde el punto de vista espiritual, produce como resultado que las diversiones equivalgan a una rápida sucesión de placeres sensuales como incentivos preparatorios de un pasajero y frívolo acto voluptuoso necesario para acallar los ahullidos del instinto que a fuerza de excitaciones las gentes no pueden reprimir.

La orientación moderna de los espectáculos y centros de diversión prescinde del arte en sus sutiles manifestaciones de otros tiempos, y para atraerse al público se precisa de incentivos más fuertes, menos puros, pero más definitivos. Al teatro clásico ha sucedido la revista frívola en que las mujeres desnudas o, peor aún, semidesnudas, suponen el mayor acicate para los potros de la sexualidad. El viejo café donde "se hacía" música ha sido sustituído por el bar de camareras y, más aún por el *cabaret*, que encubre una de las formas más refinadas y completas del libertinaje. A las reuniones y *soirées* familiares de otros tiempos, donde se bailaba el vals romántico a los acordes de una partitura clásica ha sucedido el salón de te, el *dancing* y los concursos de baile al compás de las notas estridentes e inarmónicas del *jazz*.

Todo ha cambiado, todo es distinto: del concepto de la vieja mo-

ral al de las normas nuevas va un verdadero abismo, no de tiempo, puesto que lo otro fué ayer, sino de métodos, de expresiones.

Un gran médico ha dicho: "Comemos tres veces más de lo que debemos"; y a esto habría que añadir: no sólo comemos tres veces más de lo debido, sino que también buscamos con exceso todos los otros placeres sensuales, y por eso amamos tres veces más de lo que debemos, o, mejor dicho, buscamos demasiado a menudo el comercio carnal.

Uno de los más espirituales psicólogos del siglo ha dicho: "Para una abrumadora mayoría de nuestros jóvenes solteros, es el placer de la carne algo que se comprende por sí mismo, lo mismo que sus partidas de naipes, las reuniones en sus casinos y su *bock* de cerveza, y los pocos que viven de otro modo, unos que bien quisieran, pero que no pueden por timidez o por falta de dinero, y otros que, aunque de honrada abstinencia, no se atreven, a alardear de sus convicciones y hasta fingen no distinguirse nada de la mayoría, y otros que conscientemente se oponen a la costumbre, pueden contarse con los dedos. Se ve, pues, que de esta manera pierde el acto carnal fuera del matrimonio el nimbo, de lo extraordinario, que cada vez se practica con mayor ligereza y despreocupación y que, finalmente, acaba por hacer palidecer el temor de sus peligros descuidando las precauciones, diciendo: "hasta ahora no me ha pasado nada". Sí, y hasta algunos que marchan bien abiertos los ojos, hacia la fatal infección, consolándose con incalificable ligereza, diciéndose: "De aquí a que me case, tiempo de sobra tendré para curarme muy bien si me pegaran algo."

El mal sería remediable si fuese posible acudir a tiempo. Pero aquí nos encontramos de nuevo con los perjuicios de la moral, con ese concepto equivocado y terrible que hace un *tabú* de todo cuanto se refiere al sexo. Hace muchos años, las enfermedades sexuales fueron llamadas "vergonzosas" o "secretas". Si es cierto que la sexualidad se mira ya a través de prismas más reales y diáfanos, estas dolencias siguen siendo poco menos que un baldón para el infortunado que sufre el contagio. Eso de "secretas" quiere decir que no deben revelarse a nadie: ni al médico. Y menos aún a la mujer que, enferma también o sana, prostituta o no, se entrega al afectado que, criminalmente, sabe de sobra que lo más probable que habrá de suceder será la transmisión de la dolencia. En algunos países, el contagioso venéreo es, sencillamente, un delito catalogado en los códigos penales.

Ya hablaremos con detenimiento de los abundantes males de Venus y de sus consecuencias terribles y trágicas a veces, y hasta de la

inutilidad de los constantes y abnegados esfuerzos de los médicos que han de luchar con el inhumano y pernicioso concepto que la moral de las familias tiene formado de estas enfermedades, que merecen ser atajadas por todos los medios.

Donde más vigorosos caracteres presenta este afán inmoderado de placeres de todas clases, y, naturalmente, de deleites sexuales, se en las grandes urbes, donde las excitaciones son también más directas y específicas.

En los pueblos meridionales, la "juerga" no se limita sólo a la visita de la casa de mala nota o al café o *cabaret* donde las profesionales, las mujeres *taxi,* esperan su presa de unas horas o una noche. Una juerga completa sólo se comprende empezando por no cenar y llenando el estómago de alcoholes y aperitivos excitantes e indigestos. Después de beber hasta que las piernas se aflojan, es llegada la hora de la "conquista" fácil, desde donde se va al espectáculo de moda, y a la salida, a la cena. Comidas excitantes y fuertes y vino a todo pasto. Existe la creencia de que sólo mediante una cena copiosa y abundantemente regada, el organismo está en las mejores condiciones de hacer frente a las sinceras exigencias del sexo y a las fingidas de Venus Pandemus. Esta, puesto que su profesión, procura comer cuanto la consienten, en prevención de lo que al día siguiente pueda ocurrir.

He ahí a los amantes ocasionales en el cuarto confortable del hostal de una noche. Por si acaso, una cuestión previa: el pago de los honorarios de la profesional, que, a pesar de todo, no ha perdido la noción de las cosas hasta ese extremo antieconómico. Después de guardar las monedas en la media, precaución inexcusable, se pasa a la parte higiénica del programa. Hay un bidet, limpio en apariencia, lo que no es obstáculo para que sobre la albura inmaculada del esmalte pululen verdaderas legiones de toda clase de gérmenes terribles que, a lo peor, dejó al lavarse el último sifilítico que se sirvió del recipiente.

El la obliga a lavarse con más detenimiento. No es el temor a una posibilidad de contagio, puesto que no la consiente que en el agua disuelva ningún desifectante susceptible de producir una intoxicación por vía digestiva... A lo sumo como prueba de refinamiento, unas gotas de cualquier perfume no estarán mal. Ella, naturalmente, comprende. A pesar de todo, no puede evitar un gesto de asco producido por lo que sabe que va a practicar el vicioso. Pero como él es quien paga, no cabe la réplica que acaso pudiera ser inopor-

tuna traduciéndose más tarde en la seguridad de contar con un cliente menos.

Ella sabe que no está sana; pero como su amante ocasional no habrá de apercibirse de ello, ya que ni el gonococo ni el espiroqueto tienen el tamaño de un buey, y, además, sus necesidades económicas son incompatibles con una conciencia estrecha, se entregará de buen grado, incluso animada por la creencia supersticiosa, de la que también participa el varón, que una fórmula posible de curarse estriba en que otro se contagie del mal.

De todas formas, la sexualidad del juerguista habrá quedado satisfecha. Es fácil que el estómago le reproche lo imprudente de su conducta, pero el mal estará hecho. Y a la mañana siguiente, en la plena consciencia de sus actos y de su dignidad, es fácil que busque un espejo, se mire en él, y al verse el rostro demacrado con las huellas profundas de una noche orgiástica y repugnante, se perdone después de haber escupido a su efigie reflejada en el sincero cristal.

Pero esta reacción dura poco; tal vez a la noche siguiente vuelva a repetir la aventura, en idénticas condiciones, hasta que el consejo piadoso del médico le advierta que el caso es más grave de lo que parece... No obstante, en su imprudencia, en su ignorancia o en su maldad, es fácil que contamine a otras prostitutas o a jóvenes inocentes, que apenas sí hicieron más que consentirle un beso.

Bloch analiza esta cuestión desde el doble punto de vista del médico y del psicólogo. Y dice: "Un rasgo digno de tenerse en cuenta en la vida amorosa de la mujer de las clases bajas tiende la mano a este peligro fatal de infección; me refiero al servilismo erótico, que en las charlas y en las lecturas, a la que muestra afición la gente de las capas más bajas de la sociedad, encuentra su expresión, y esas clases bajas se sienten halagadas hasta cierto punto en su amor propio cuando ven que un hombre distinguido y elegante trata de entablar relaciones íntimas con ellas. El que las prostitutas, al hablar de los amantes, los conviertan en condes o en marqueses, es muy conocido y frecuente, y la misma debilidad sienten las mujeres de las clases inferiores, por desgracia, en nuestro pueblo alemán."

Esto que acerca de su patria dice el sabio doctor, no constituye, ni mucho menos, una particularidad etnográfica: en cualquier país del mundo, no siendo en los pueblos primitivos y salvajes, la afición femenina al lujo, al brillo, al bienestar y a la presunción, es y ha sido siempre una de las causas principales que han determinado su caída en los fondos de la prostitución y del libertinaje.

Un síntoma evidente de la madurez sexual de la juventud se refleja en la actitud de muchachos entre catorce y dieciocho años, a los que es fácil ver con frecuencia en bailes donde acuden prostitutas baratas y aun en prostíbulos del mismo jaez. Tengo referencias de algunos colegas, de haber asistido en sus clínicas a muchachos de estas edades contaminados de enfermedades venéreas.

En estos casos, naturalmente, no hemos de proponer ninguna fórmula de satisfacción sexual: pero referimos los hechos como demostración de la perniciosa influencia del medio ambiente, tan rico en excitantes de todo orden.

De las jóvenes se podía decir otro tanto o acaso más. Chiquillas que aún debieran jugar con sus muñecas, acuden a los bailes y cinematógrafos donde no faltan pervertidos, generalmente de edad madura, que llegan a iniciarlas en los placeres inconfesables del flirt, para terminar con la pérdida de la virginidad pocos días más tarde. Una muchacha de nuestros días, a los catorce años, sabe de las cuestiones sexuales bastante más que los jóvenes de su edad, y hasta es posible que experimentalmente.

Asegura un autor que la seducción sexual depende hoy día menos de las personas que del medio ambiente. En la vida de los placeres desempeña la atmósfera sensual excitante que respiramos el mismo papel que antes, cuando la civilización no estaba tan adelantada, las comunicaciones no eran tan fáciles como ahora ni tampoco las diversiones, correspondía al "seductor" y al Don Juan de los otros tiempos. "Nuestras jóvenes—asegura—sucumben mucho más a la general influencia de la sed de diversiones que fascina a todas las clases sociales, que a las artimañas y tentaciones de los seductores profesionales. Hoy son mucho más numerosas las víctimas de la seducción pública por la vida de bulliciosos placeres que caracteriza a nuestra época, que las de la seducción ejercida por personas aisladamente que hubo en todos tiempos y seguirá habiendo."

En el libertinaje pueden distinguirse dos aspectos que aunque diferentes en su expresión se producen en manifestaciones casi idénticas. La fórmula más corriente y que ha desbancado a la prostitución es el *lío*, que se advierte en todas las clases de la sociedad moderna. La muchacha de hoy, excitada por los innumerables agentes sensuales en que es pródiga la civilización moderna, no se resigna a vivir con los ingresos de un empleo, sino que necesita de otros factores económicos para poder equipararse con las demás mujeres de un plano social más elevado.

Generalmente, la muchacha que pierde su virginidad no lo hace hoy día por motivos de lucro, sino que se entrega a su galanteador por curiosidad o por amor, aunque sepa de antemano que una unión establecida en estas condiciones no puede ser duradera, ya que casi siempre elige para su iniciación a hombres que se hallan por encima del medio social en que ella vive.

Después, en las relaciones que bien pronto surgen entre su amante y sus amigos y las amigas de éstos, teniendo en cuenta el convencimiento de que el lío será reemplazado por nuevas conquistas, en ese medio ambiente se inicia otra especie de flirt que produce el mutuo abandono, sustituyéndose los amantes según el potencial económico, sexual o simplemente sugestivo de cada uno.

Estas mujeres semiprostitutas no quieren comprender que de la conducta que ellas siguen a la que observa la ramera hay bien poca diferencia. Pero sucede con harta frecuencia que cuando una muchacha es abandonada por su amante, vuelve a situarse en su plano primitivo de humildad, y cuando la adquisición de una amante nuevo se hace difícil, las necesidades económicas creadas anteriormente. así como el hábito de vida fácil, la obligan a plantear la cuestión de confianza al hombre que las ha elegido, quien, a su vez, no puede prescindir de la convicción de que él no la interesa por sí sino por su dinero, en cuyo caso uno de los principales elementos psicosexuales de atracción, como es la consciencia de la entrega desinteresada, desaparece, y no tarda en abandonarla.

Ella, para subvenir a sus necesidades, no puede desempeñar otro papel ni desarrollar otra táctica económica más positiva. Entonces no tiene nada de particular que caiga en las redadas policiales, quedando su nombre inscripto en los registros de la prostitución y obligada a someterse a las periódicas investigaciones de la policía sanitaria, que ha de velar por el bienestar de la salud pública.

Pero antes de que la muchacha haya llegado a este punto extremo del libertinaje, es fácil que haya adquirido dolencias que no se cuidó de curar. No cabe duda que la prostitución clandestina, esto es, aquella que no está sometida al control de las autoriddaes sanitarias, causa más víctimas que la prostitución lícita, si es que podemos admitir el vocablo.

En esta clase de relaciones sexuales, antes de que su nombre haya ido a engrosar los ficheros policíacos, es fácil que el amor haya sido una de las determinantes esenciales de la vida que llevó. Desde

luego, éste es el único aspecto noble del lío. Pero hemos de atenernos a otra circunstancia: la posiblidad de un embarazo.

Los contraconceptivos modernos más eficaces que se conocen no siempre están al alcance de estos amantes, no por falta de capacidad adquisitiva, sino por la dificultad de obtenerlos en vista de las prohibiciones impuestas por unos códigos poco razonables. Es curioso observar que la muchacha que se entrega a un hombre lo hace sin la atenuante biológica, por decirlo así, de la consciencia del acto que va a realizar. No piensa nunca en la posibilidad de un embarazo, puesto que entregada de lleno al aspecto erótico o económico del lío no le queda tiempo de conceder demasiada importancia a esas consecuencias naturales, dándose cuenta de lo acaecido cuando la falta de sus reglas periódicas sucede por tercera o cuarta vez.

Entonces, como la sociedad lo quiere así, surgen los primeros trastornos psíquicos, secuela inevitable de la consciencia del acontecimiento que se avecina. La embarazada en estas condiciones no recurre nunca ni al médico ni a la matrona seria, ateniéndose sólo a la práctica de los consejos empíricos o a los manejos de cualquier curandero, que cuando no la hace perecer bajo sus manos inexpertas, la deja completamente incapacitada para recobrar una salud que acaso perdió para siempre.

Veamos ahora cuál es la actitud del hombre ante un caso de esta naturaleza.

El, acaso pensase más que ella en las tristes posibilidades de una conducta imprudente, pero tal predisposición no pasó del pensamiento. Si fué a ella enamorado, es fácil que continúe haciéndola objeto de sus delicadezas hasta el momento en que surgen los primeros trastornos psíquicos característicos del embarazo, llegando a hacérseles insoporotables, puesto que contrastan con el carácter habitual anterior de la muchacha. Por si esto fuera poco, el aumento de la curva del vientre pone de relieve, nunca mejor empleada la palabra, que la responsabilidad que se aproxima resulta evidentemente desproporcionada con la capacidad espiritual del futuro padre, que no buscó otra cosa que un objeto de placer al que ahora ve convertido en algo que constituye una amenaza para su porvenir y su bienestar. Entonces, si los móviles de atracción espiritual no fueron muy poderosos, la única salida es el abandono.

Pero todavía hay más: el hombre, en su crueldad o en su egoísmo, llega hasta el extremo de negar la responsabilidad de los hechos diciéndose cínicamente que "lo mismo que lo ha hecho con él, pudo

hacerlo con otro". Y al cabo de unos meses, la madre soltera ha de enfrentarse con los bestiales conceptos y anatemas de la sociedad que, sólo por el hecho de ser madre en esas condiciones que la moral en uso estima extralegales, la niega todo su apoyo y no advierte que la víctima va a ser el inocente a quien ninguna responsabilidad cabe por haber nacido.

Pese a las desastrosas consecuencias de este libertinaje, del que la sociedad es casi siempre el mayor culpable, no hemos de negar que el amor entra en gran parte como móvil de estas cansecuencias. Pero en la prostitución, el amor no tiene papel alguno que desempeñar. Al contrario, yo estimo que la muerte del amor y la irrespetuosidad con que se analizan sus actos más puros tiene su origen en el libertinaje con prostitutas, puesto que el hombre goza del pleno convencimiento de que una mujer así no es más que una mercancía que se adquiere por un tiempo determinado.

Iwan Bloch es de opinión contraria cuando dice que "el lío moderno se ha convertido en la tumba del amor, mucho más que lo sea la prostitución, porque la prostitución no puede destruir ilusiones, ya que al instante se manifiesta en su verdadero carácter, y el lío ocasiona una nueva corrupción de la vida sexual, que parece mucho más peligrosa que la causada por la caduca prostitución, por haberse hecho un segundo foco tan peligroso de la infección venérea, cuya propagación favorece en alto grado".

Puede ser que ese carácter crudo y brutal de la prostitución no sea suficiente para destruir ilusiones amorosas fuertemente arraigadas en el ánimo del hombre; pero es innegable que el joven llega a habituarse a esta clase de conquistas fáciles, dando por resultado una especie de contagio moral que pudiéramos decir que más tarde se traduce en una falta de expresión adecuada para con esa mujer que constituyó el tema de sus ilusiones. Mas en el caso que esas ilusiones no existan, no hay que dudar que el hombre que se somete a las fáciles disciplinas de la prostitución se resiste a entablar relaciones honestas con otra mujer, ya que éstas no pueden satisfacer su sexualidad en los términos a que estaba habituado. Yo estimo que el lío, en la forma que lo hemos descrito, siempre es más útil a las relaciones sexuales lícitas o biológicas, si tenemos en cuenta que la moral de estas mujeres es infinitamente superior a la de las prostitutas.

Por esto dice Bloch que el que quiera emprender la lucha contra la degeneración moral de la vida del amor y contra los peligros de las enfermedades sexuales, tiene que empezar por "combatir con toda

energía contra la actual organización de las relaciones sexuales y procurar acabar con ellas como con la prostitución". Afirma también que el amor del comercio sexual extramatrimonial, que no tiene nada que ver con el "amor libre", y el matrimonio indisoluble son las verdaderas causas de la corrupción social; ambos están íntimamente unidos.

Actualmente puede decirse que no puede admitirse justificación alguna ni para la prostitución ni para el libertinaje fuera del matrimonio. Esto pueden decirlo el médico, el higienista y el sociólogo. Esos dos males conducen inexorablemente a la debilitación y aniquilamiento de todo amor individual, de todas las impulsiones sensitivas amorosas de la humanidad y a la incrementación rápida y perdurable de las más peligrosas enfermedades sexuales.

Anque Iwan Bloch se muestra contrario en absoluto a la modalidad del amor contenida en el *lío*, no deja de reconocer que actualmente, tanto en el mundo femenino como en el masculino, se está operando una reacción creciente contra el libertinaje, especificada en una repugnancia tal, que cada día vemos más acentuada. Y termina diciendo: "Ya existen numerosos líos que van aproximándose mucho al amor libre y realizando todas las aspiraciones de éste en cuanto a la duración, a las afinidades psicológicas, a la responsabilidad sexual considerada física y moralmente y a la jubilosa afirmación de las consecuencias en lo referente a la descendencia."

De estas afirmaciones por una parte y de los hechos que a diario observamos por otra, se desprende que la orientación de la juventud actual tiende espontáneamente al amor libre, por medio de la práctica inicial de lío, que es, a mi juicio, el más formidable enemigo que ha podido salirle a la prostitución.

Ahora bien, es necesario estructurar leyes de protección y no de intervención, términos que no debemos confundir para que el Estado tenga la facultad de garantizar el orden de las relaciones sexuales con miras exclusivas al prestigio de la raza.

Esto y no otra cosa es lo que han realizado en un brevísimo lapso de tiempo los legisladores rusos post-revolucionarios, lo que ha dado lugar a que el problema de las relaciones sexuales en estas condiciones haya sido larga y detenidamente discutido por los definidores de las ideas comunistas.

Según Olympias Kuprin, de cuya notable obra *El sexo y la nueva Rusia* tomamos los más interesantes datos de información, la

revolución sexual ha traído por consecuencia el establecimiento de una moralidad insospechada.

Unos creen que una vez declarada común la propiedad de todos los objetos y medios de producción, no escapan los cuerpos de los individuos que practican el comunismo a la ley general. Por lo tanto, proclaman el amor libre y la obligación del Estado de educar e instruir a los hijos de esas uniones libres tan pronto como los niños puedan prescindir de los cuidados maternales.

Y otros opinan que es conveniente para la comunidad la persistencia del matrimonio, con la atenuante de divorciar por voluntad de uno solo de los cónyuges.

Los que defienden la primera solución, alegan que la mujer y el hombre son instrumentos de producción, y ahí están los hijos para demostrarlo. Tienen, pues, que estar incluídos en el número de las máquinas socializables.

Quienes sostienen la teoría contraria, estiman, y en este punto concreto tienen razón en absoluto, que en tanto que los demás instrumentos de producción son objetos, el hombre y la mujer deben medirse por otro rasero, pues son seres inteligentes y sensibles, y no pueden ser tratados como objetos inertes.

A pesar de haber transcurrido muchos años desde que se evidenció la existencia de dos tendencias opuestas en el campo comunista, no se han puesto de acuerdo todavía los partidarios de una y otra teoría.

Los mismos pontífices máximos del comunismo, Marx y Engels, variaron de parecer en el transcurso de los años, y lo expuesto en el "Manifiesto comunista" difiere de lo que en épocas anteriores pensaban.

Pasarán los años antes que se consiga poner de acuerdo a los que sostienen teorías opuestas referentes a las relaciones sexuales y el matrimonio.

En estas páginas nos limitaremos a dar una clara idea de lo que acerca de tal materia opinaban Carlos Marx y Federico Engels, de Moscú, en su obra "Comunismo y matrimonio", traduciendo algunos capítulos de ella.

Esta parte define la doctrina de ambos grandes pensadores comunistas.

Una vez expuestas las ideas pasaremos a presentar los hechos que han derivado de ellas.

Si vamos a analizar las condiciones de vida en que se desenvolvía la mujer rusa antes de la revolución, apreciaremos el enorme contraste que significa con la moral actual. Antes, no sólo en las ciudades, sino en el campo, el papel de la mujer era tan servil, que gozaba de muy pocos derechos que sirviesen para diferenciarlas completamente de las bestias. Sólo en las castas superiores, aquellas que provocaron la violentísima reacción del pueblo oprimido, la mujer gozaba de consideraciones y derechos, muy relativos por cierto, pero copiados de la civilización occidental: mas en las ciudades pequeñas, en las aldeas, en el campo, cuando un hombre golpeaba brutalmente a su esposa, los vecinos, lejos de intervenir en favor de la "amada", pensaban flemáticamente:

—La está instruyendo.

Estas palabras eran, por decirlo así, un término técnico.

El dueño de la casa tenía derechos sexuales sobre cuantas mujeres vivieran bajo sus techos, a excepción de aquellas unidas a él por vínculos de sangre. Pero las nueras, suegras, criadas, etc., no podían negarse a los caprichos del amo y señor. A este respecto, dire Kuprin que es engañarse de medio a medio creer que en las aldeas rusas reinaban costumbres patriarcales y puras. "Nuestros campesinos—dice—, son demasiado ignorantes y miserables para poder ser los guardianes de las buenas costumbres. En la antigua Rusia, el cuerpo de una aldeana se compraba como una mercancía cualquiera, y la prostitución era un fenómeno general".

El siguiente hecho dará una idea aproximada del estado de aquella prostitución, según el informe del secretario del Consejo de la Casa de Caridad de San Petersburgo: "Todos los inviernos llegan a la capital numerosas campesinas de las provincias vecinas. Durante los meses de invierno, se dedican a la prostitución. Al llegar el verano, vuelven a sus respectivos pueblos para ayudar a los hombres en el trabajo del campo".

De las regiones más alejadas de las grandes ciudades, los campesinos traían a sus hijas de quince o dieciséis años, colocándolas en casas de tolerancia. Las muchachas excusaban su conducta con las manifestaciones del padre: "No quiero que mi hija sea la esposa de un borrachín pendenciero, que es lo único que abunda en la aldea. Más vale que viva así hasta los dieciocho años; luego podrá trabajar en cualquier fábrica." Para darse una idea del desarrollo de la pros-

titución en aquellos tiempos, basta decir que el setenta por ciento de las prostitutas estaba constituído por aldeanas.

En el Congreso de la "Defensa de la mujer" (abril, 1910), se comprobó el horroroso desarrollo de la prostitución infantil. En Petersburgo hay cincuenta mil mujeres que viven de la prostitución, de un modo permanente o temporal. La venta del amor de las niñas se realiza abiertamente, a la vista de todo el mundo, sin tapujos ni atenuantes. En las calles donde se reúnen por costumbre las prostitutas, se puede ver grupos enteros de niñas de diez y doce años que paran a los hombres y cambian entre sí palabras vergonzosas. Existen "hoteles para recién llegados", cuya especialidad es la prostitución infantil. Hay numerosos intermediarios a la cabeza de la industria del cuerpo de la niña. (*Kievkaia Mysl*, 1910, núm. 75.)

Agrega Kuprin que los informes presentados al Congreso ruso acerca de la trata de blancas, han esclarecido la pregunta siguiente: ¿Por qué ha alcanzado tal desarrollo la prostitución? La primera causa es, sin duda alguna, el hambre. La ruina de las fuerzas productoras de la población ha sido muy favorable para el desarrollo monstruoso de la prostitución. Las malas condiciones del trabajo y los salarios bajos empujaban a la campesina y a la obrera por dicho camino. Añádase a esto la carencia absoluta de leyes que defiendan a la mujer del pueblo y a la extremada ignorancia de ésta.

La situación de la mujer era igualmente muy penosa en el ambiente de los comerciantes y eclesiásticos. No se permitía a las jóvenes casarse por amor, siendo las condiciones materiales las que servían de base a los matrimonios. Entre el clero era costumbre, en ciertos casos, colocar en la parroquia al yerno del antiguo sacerdote. Luego, el seminarista que había terminado sus estudios buscaba, ante todo, "una novia que tuviera parroquia", celebrándose el casamiento frecuentemente entre personas que se desconocían por completo.

Teniendo a la vista este panorama de feroz y brutal opresión en el que la mujer rusa se nos ofrecía como un artículo de comercio, naturalmente tenía que suceder la ley física de la reacción brusca. Quienes sostiene que la condición social y moral de la mujer rusa no ha variado nada con la implantación de las fórmulas comunistas, está en un error imperdonable. Las autoridades han llevado las leyes hasta los más apartados rincones de la Rusia soviética, y hoy una campesina tiene tantos derechos como la mujer más civilizada, con arreglo, desde luego, a la legislación soviética.

Es incierto también que el amor libre en Rusia asuma los caracteres de un verdadero libertinaje como el que puede observarse en los pueblos burgueses, cuya moral en las cuestiones sexuales, como hemos visto, deja bastante que desear. La campesina rusa va al matrimonio no sólo enamorada, puesto que no se la impone que acepte a un hombre, sino que también, como él, puede elegir consorte, y además, la ceremonia, sea o no religiosa, intervenga el Comisario o el Pope, va rodeada del atuendo tradicional que no desautoriza la exhibición de sus mejores galas. (Lámina VIII, A y B.) Esto prueba que por encima de las apreciaciones y deformaciones que al hecho atribuyen las propagandas de la moral burguesa, el dinamismo del pueblo ruso sigue basándose en los más sutiles motivos de la espiritualidad.

Ahora bien, es necesario afirmar que en la Rusia soviética la mujer está libre de toda dependencia respecto al hombre. Los derechos concedidos a los hombres son otorgados a las mujeres y recíprocamente, siendo la libertad la misma y las responsabilidades iguales. El matrimonio no es más que un contrato, que ata igualmente a ambas partes, dejándoles la libertad de desligarse. Los hijos ilegítimos y las madres solteras gozan de los mismos derechos y de la misma situación legal que las otras. Pudiendo ser obtenido inmediatamente, de haber consentimiento mutuo, el divorcio, el casamiento ilegal no tiene ya razón de ser. Sin embargo, oíganlo los detractores burgueses, el padre debe mantener al hijo hasta la edad de diecisiete años en la proporción de la tercera parte de lo que gana, de donde se infiere que los legisladores han sabido amparar a la parte más débil, puesto que tanto el hombre como la mujer son a estos efectos igualmente fuertes.

Al elaborar el Código, el legislador se ha preocupado constantemente de la razón y del deseo de tener en cuenta la naturaleza humana. Ha comprendido que un matrimonio donde no reinaba la paz, creaba para el hijo la atmósfera peor que pueda haber, y que era sencillamente monstruoso obligar a un hombre y a una mujer a vivir juntos cuando todo afecto había muerto entre ellos.

Semejantes uniones son consideradas inmorales en Rusia, y cuando las autoridades tienen conocimiento de ello, sin necesidad de que los mismos interesados lo denuncien, proceden a disolverlas inmediatamente.

Esta es la gran diferencia de la nueva moral rusa con relación a los conceptos arcaicos que tenemos los demás pueblos. En otro volumen de

esta colección volveremos a ocuparnos con más detalle de la estructura del problema sexual en la Rusia soviética, y abrigamos la certidumbre de que aquel que medite serenamente sobre el tema, no dejará de reconocer las enormes ventajas que para la moral natural y para la civilización se derivarían de la adopción de sistemas semejantes.

Pero antes de terminar el presente tema, hemos de hacer algunas consideraciones acerca del ejemplo de Rusia. Es necesario tener siempre en cuenta que la nueva legislación soviética se inspira en el principio de que la moral sexual es, exclusivamente, un asunto personal, que debe ser dejado a la conciencia de cada individuo y que no le toca a la ley reaccionar, sino más bien a la educación y al ambiente. La legislación se limita a proteger con toda eficacia a los inocentes contra el daño que se les podría causar a consecuencia de la inmoralidad sexual y a suprimir la explotación comercial de esa inmoralidad. La legislación rusa y la nueva moral soviética van contra el libertinaje, usando de unos procedimientos tales, que nuestros puritanos, a pesar de todo, habrían de estimar despiadados. Baste decir que por primera vez en la historia de Rusia, la prostitución es ahora ilegal, siendo combatida por todos los medios. Según informes que recibo de un colega que recientemente visitó el país de los soviets, cuando la policía detiene alguna prostituta después de dos reprensiones o conminaciones al abandono de su profesión ilícita, la recalcitrante es deportada a Siberia, de donde difícilmente se vuelve. Las medidas tomadas para hacerla desaparecer están, por lo general, en contra del hombre: El hombre que paga a una mujer por realizar con ella el acto sexual, si no media entre ambos una unión regular, es castigado por las leyes, puesto que este acto se considera como un delito que tiende a fomentar la prostitución.

Hemos visto hasta ahora cuáles son los factores que intervienen en la unión del amor y el sexo, desde la opinión de los ascetas hasta las últimas avanzadas de la moral sexual de nuestro tiempo. Como el lector habrá observado, las diferencias son notabilísimas y antagónicas, no habiendo contribuído a otra cosa más útil que a desplomar sobre un hecho tan sencillo, tan natural y tan humano un cúmulo de arbitrarias imposiciones y de bestiales tiranías, que, por fortuna, la humanidad consciente va haciendo discurrir por sus verdaderos y legítimos cauces, porque, por encima de todo, se fundan en las inmutables y sabias leyes de la Madre Naturaleza.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA..... 5

LA SEXUALIDAD SEGUN LOS ASCETAS

De lo que no se ocupa la Humanidad.—¿Qué es el amor?—Las teorías de Laurens.—¿Es repugnante el cuerpo humano?—La opinión de San Bernardo.—Los monjes de la Edad Media.—Actitud de la Humanidad.—Actitud de los filósofos.—Centros sexuales excretorios.—Los cristianos y Cristo en pugna.—Origen de la doctrina ascética.—¿Por dónde dió a luz María?—El paganismo.—La sexualidad en la India... 9

INSTINTO E IMPULSO

Diferencias de los sexos.—El pudor entre los "tamiles".—Motivo sexual del pudor.—Defensa y excitación.—Instinto sexual.—Impulso de evacuación. Desproporciones.—El impulso de evacuación en la mujer.—Opiniones.—Los peligros de la abstinencia. La excitación en la mujer.—Fiestas sexuales..... 23

LAS FORMAS DEL AMOR

Amor y lujuria.—Amor y sexo en el diccionario. Ideal del amor sexual.—Sexualidad romántica.—Cómo se ama en el Japón.—Las teorías de Schopenhauer. Amor y decepción.—Platonismo y romanticismo.—El instintivo.—La equivocación del idealista.—Un caso curioso.—La necesidad de variación.—No hay amor único.—El más firme.—La desilusión del acto sexual.—Los neutros..... 33

EL AMOR LIBRE

Contrastes.—Las armas de los detractores.—Inmoralidad sexual en el matrimonio.—Reivindicaciones femeninas.—Variación de conceptos.—Historia del amor libre.—La actitud de Godwin.—Amor libre en el Japón.—Tradición y sexo.—La abnegación de las damas chinas.—La sexualidad entre los cafres.—Diferencia entre el malthusianismo y el amor libre... 51

PROYECTOS SOBRE EL AMOR LIBRE

Casamiento y matrimonio.—Monogamia y poligamia.—Las prostitutas, defensoras de las honestas.—La

Páginas.

poligamia es un hecho.—El ideal comunista.—La Reforma, según Carpenter.—Lo que propone Ellen Key. Un aspecto imposible.—Inmoralidades.— "Cupo de natalidad".—Teoría inadmisible.—La separación, de hecho.—La libertad del amor.—La figura de Don Juan 63

LIBERTINAJE SEXUAL

No es lo mismo "amor libre" que "libertinaje".—Su origen.—Decadencia de la prostitución.—Espectáculos modernos.—Las enfermedades sexuales.—Lo que se entiende por "juerga".—Sus resultados.—Niños y niñas precoces.—Influencia del medio ambiente.—Características del "lío".—Embarazo inesperado.—Principios de amor libre.—El amor en Rusia.—La antigua situación de la mujer rusa.—La protección a los hijos.—Muerte de la prostitución..... 77

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I

El desnudo femenino..... 16

LAMINA II

La verdad..... 17

LAMINA III

Eva en el Paraíso..... 32

LAMINA IV

Muchacha tamil..... 33

LAMINA V

A. Indígenas de Nueva Guinea.—B. Isleños de Bismarck... 48

LAMINA VI

Dama de la aristocracia china..... 49

LAMINA VII

Pareja cafre..... 64

LAMINA VIII

A. Novia rusa.—B. Aldeana rusa..... 65